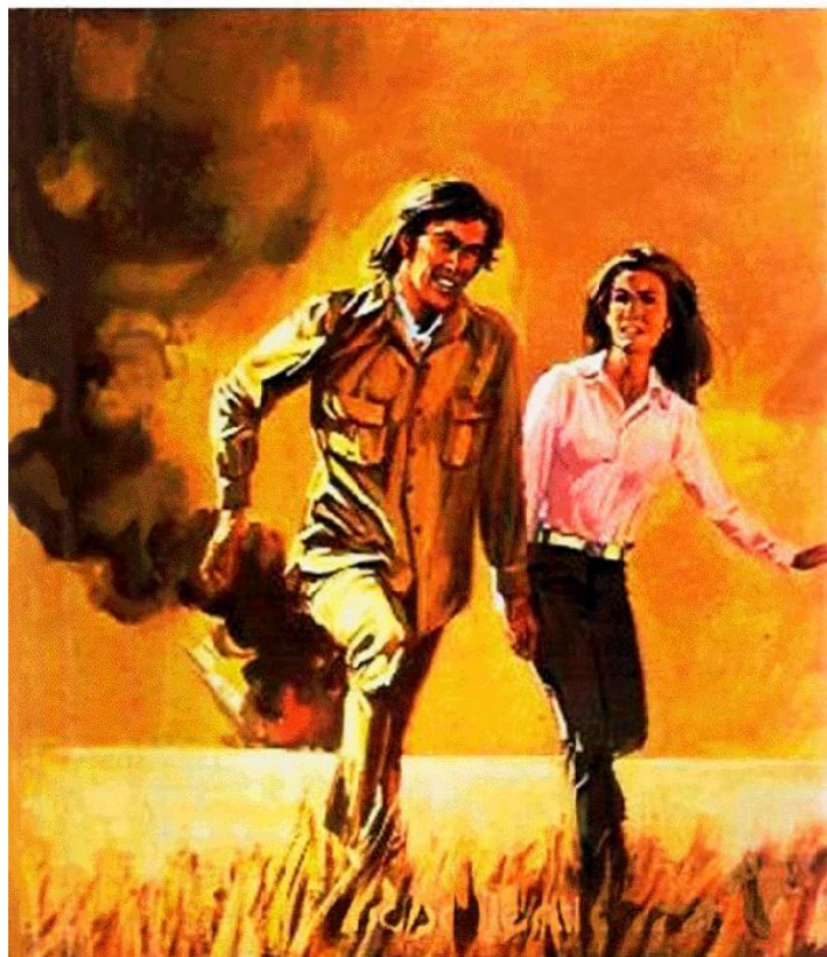


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

oro, agua, sangre y fuego

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CLARK CARRADOS

ORO, AGUA, SANGRE Y FUEGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 588

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 21.163 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973

texto

© JORGE SAMPERE - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.329 — Dura lección a un pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.100 — La nueva ola de Scotland Yard.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.028 — Imperio de humo.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

136 — Banda de forajidos.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

586 — Sucursal del infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Lo vio de lejos y casi presintió lo que iba a ocurrir. Jack Randolph soltó al ternero que estaba a punto de marcar, y corrió hacia el «Rover» pesado que tenía a poca distancia.

El ternero se alejó mugiendo, mientras el motor del vehículo emitía un profundo rugido. Randolph embragó, pisó el acelerador y el «Rover» salió disparado como una centella por el laberinto de acacias y espinos que constituían la principal vegetación de la zona.

Las mandíbulas de Randolph aparecían muy juntas, mientras sus manos se crispaban en torno al aro del volante. El vehículo, al correr, levantaba una espesa nube de polvo en aquel suelo árido y reseco.

El avión había aterrizado a muy poca distancia de su casa. Randolph podía ver que el piloto mantenía el motor en marcha, merced a la pequeña tolvanera de polvo que se elevaba junto al aparato. De repente, cuando ya se hallaba a unos trescientos metros, vio que el avión empezaba a moverse por la llanura.

La polvareda aumentó su densidad. Casi en el mismo instante, un enorme chorro de humo y tierra subió a lo alto.

Randolph maldijo profusamente. Sus presentimientos se habían cumplido.

El avión se elevó. En su fuero interno, Randolph se dijo que aquello no podía continuar así. Alguien tenía que conocer lo que sucedía.

Ni siquiera se molestó en ir al lugar donde se había producido la explosión. Demasiado sabía lo que había sucedido.

Segundos más tarde, paraba el «Rover» delante de la casa. Saltó al suelo y corrió al interior.

Se acercó al transmisor de radio. El sargento Murqueet tenía que enterarse de lo ocurrido. Y si no quería enterarse, él disponía de un buen rifle, con el que pondría coto a semejantes abusos.

De pronto, cuando ya se disponía a conectar la radio, oyó el rugido del motor de un avión que descendía a toda velocidad.

Randolph saltó hacia la ventana más próxima. Sí, allí venía aquel maldito...

Parecía como si fuese a precipitarse directamente sobre la casa. En el último instante, Randolph presintió el peligro y se tiró al suelo.

Por encima del rugido del motor, se oyó el tableteo de una ametralladora. Randolph percibió claramente el sonido de los impactos contra las paredes de madera de la casa.

Un par de cristales saltaron hechos pedazos. Detrás de él, sobre una mesa, se oyó un sonido extraño.

Randolph se incorporó ligeramente al cesar el fuego de la ametralladora. Volvió la cabeza y contempló amargamente el transmisor de radio, en el que se advertían huellas de balazos.

Corrió hacia fuera. El avión se alejaba ya. Randolph blandió el puño, con un ademán de cólera, como si los tripulantes del aparato pudieran verle.

—Todavía me queda un recurso —dijo.

Wallamauga estaba a noventa kilómetros. Era un viaje que solía hacer una vez por semana, para adquirir provisiones y tomar unas copas con los amigos en el bar de Kate Shadd. A Emily, su mujer, no le gustaba, pero un hombre no era un oso y...

Maldijo por haberse dejado desviar los pensamientos. Para tranquilidad suya, comprobó la radio. No, no funcionaba y no quería perder tiempo desmontándola para llevársela a Wallamauga y que se la arreglase Hardy Westacott. Además, convenía que la viese así, tal como estaba, el sargento Murqueet, cuando viniese a investigar.

Porque él le haría venir, naturalmente. ¿O no pagaba los impuestos con toda puntualidad? Como contribuyente, tenía derecho a ser protegido por la ley.

De nuevo subió al automóvil y lo puso en marcha. Aceleró, echando pestes contra los que le habían cegado el manantial con explosivos. En cuanto hubiese formulado la denuncia, volvería a casa. Era preciso hacer que el agua corriese de nuevo. En aquellas regiones tan áridas, el agua era elemento vital para humanos y bestias.

Por un instante, Randolph evocó los verdes y húmedos pastos de su Escocia natal. Se preguntó si algún día sería capaz de acostumbrarse al hecho de hallarse en Australia, a decenas de miles de kilómetros del país donde había nacido. Le parecía que era ayer cuando había desembarcado en Sydney y, sin embargo, ya hacía diez años de ello.

Por fortuna, el suelo era bastante llano y le permitía alcanzar buenas velocidades. En poco más de una hora se plantaría en Wallamauga.

El cauce seco del Salt, una larga grieta en la tierra seca y calcinada, apareció ante sus ojos. El ruido del motor le impidió escuchar el de otro motor situado a unos centenares de metros sobre su cabeza.

Había un puente de madera que salvaba la hondonada por donde, en época de lluvia, corrían las aguas. Ahora, el cauce estaba completamente seco, cubierto de polvo y matojos que sobrevivían difícilmente.

Randolph oyó demasiado tarde el ruido del avión, cuando ya estaba enfilando el puente. Levantó la cabeza un instante y vio al aparato a menos de veinte metros del suelo.

Algo cayó de las alturas, dando vueltas en el aire. Durante la visión, de apenas una décima de segundo, Randolph tuvo tiempo de entrever, dos o tres cilindros, atados en un manojo, a los cuales iba sujeto un oscuro huevo de metal.

La bomba de mano explotó e hizo deflagrar la dinamita. El puente saltó en pedazos, convertido por el estallido en una nube de pedazos de madera que volaban en todas direcciones.

La explosión se produjo cuando Randolph acometía ya el puente. Su pie derecho se clavó desesperadamente en el freno. Pero ya era tarde.

El «Rover» se precipitó por el hueco. Randolph chilló, a la vez que, instintivamente, se cubría la cara con los brazos.

La distancia no era grande, siete u ocho metros. En circunstancias normales, Randolph tal vez habría tenido salvación, pero había entrado en el puente a toda velocidad y no pudo evitar la catástrofe. El coche cayó verticalmente y su morro chocó contra el cauce seco del Salt. Randolph sintió un agudísimo dolor en el pecho.

Pero fue una sensación que duró muy poco. El «Rover» volteó y cayó con las ruedas hacia arriba, aplastando a su único ocupante, cuyas sensaciones cesaron en el acto.

El avión evolucionó lentamente a poca altura, mientras sus dos tripulantes observaban la escena. No se veía el menor movimiento entre los restos del puente ni en el vehículo accidentado.

—¡A casa! —ordenó el hombre que iba junto al piloto. El ruido del avión se alejó. Volvió el silencio.

El aeroplano dio una vuelta y perdió altura, enfilando la pista de aterrizaje. Terry Powheen apreció que todo seguía igual en Wallamauga.

—No ha cambiado nada en cuatro años —se dijo, mientras el avión rodaba por la pista con creciente lentitud.

El aparato se detuvo al fin. Terry cortó el contacto y levantó la cúpula de la cabina. Una bocanada de aire caliente le dio en el rostro. Todavía quedaba polvo del provocado por su llegada.

Saltó al suelo. Wallamauga quedaba a unos quinientos metros, un conjunto de casas desperdigadas en la inmensa llanura, a la sombra de un grupo de acacias de notable altura, que se beneficiaban de los dos únicos pozos existentes en muchos kilómetros a la redonda.

Un hombre se le acercó, mientras sacaba su maleta del departamento de equipajes.

—Bien venido a Wallamauga, amigo —saludó.

—Hola —dijo Terry, sonriendo.

—¿Piensa estar mucho tiempo aquí?

—No lo sé todavía. Depende de... Me llamo Powheen, Terry Powheen.

—Tom Grunner —se presentó el otro—. Le costará cinco dólares diarios, señor Powheen.

—¿Cinco qué...? —se extrañó el recién llegado.

—Dólares, señor. Es el precio de la estadía de todo avión, que utiliza el aeródromo.

—Oiga, yo creí...

—Lo siento, no es nada personal —dijo Grunner—. Son órdenes, compéndalo, señor Powheen.

Terry frunció el ceño.

—¿Puedo saber, al menos, quién ha dado esas órdenes? —

inquirió.

—Por supuesto. El señor Charldane. Es el dueño del aeródromo y de las instalaciones. Claro que, por ese precio, tiene usted derecho a recibir información meteorológica y a transmitir avisos...

Terry metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

—De momento, ahí tiene usted para una semana —cortó la verborrea del sujeto—. Envíeme el recibo al hotel, si es que sigue existiendo.

—Sí, señor, el hotel está en el mismo sitio. Por lo visto, usted ya conoce Wallamauga.

—He vivido aquí hace algunos años —contestó Terry secamente, a la vez que echaba a andar hacia el conjunto de casas y barracones, que no merecía siquiera el nombre de aldea.

Hacía calor. Terry pensó con delicia en una ducha de agua fresca. Se cambiaría de ropa y luego se tomaría una jarra entera de buena cerveza.

Mientras se acercaba al hotel, una construcción de dos plantas, con una gran veranda corrida en la fachada delantera, se preguntó si merecía la pena volver a Wallamauga.

Sentíase un tanto desazonado, inseguro respecto a su futuro. En la operación que iba a emprender había invertido prácticamente todo su capital. Si fracasaba, tendría que volver a Sydney a emplearse como simple cargador en los muelles del puerto.

Paso a paso, se acercó al hotel. Pasarían unos días antes de que llegase el resto de la expedición. Se aburriría mortalmente hasta que pudiera empezar a trabajar.

Pero si todo salía bien, su fortuna estaba hecha, pensó. Antes de un año, habría conseguido la respuesta definitiva a sus dudas. «O la riqueza o la miseria», no habría términos medios.

Entró en el hotel. La conserjería estaba desierta.

Detrás de él, sonó una voz femenina:

—¿Desea hospedaje, señor?

Terry se volvió, con la sonrisa en los labios.

—La mejor habitación que tengas, Kate Shadd —contestó.

CAPÍTULO II

La mujer lanzó un grito de alegría. Era pelirroja, de carnes opulentas y ojos llenos de malicia. Corrió hacia el recién llegado y se colgó de su cuello.

—Terry Powheen —dijo—. Pero ¿quién soñaba siquiera con verte en este inmundo poblacho? ¿Es que te has vuelto loco?

—Algo por el estilo, Kate. Oye, quiero decirte una cosa. Estás más guapa que nunca.

—No digas eso. Estoy fofa, gorda, me siento vieja...

Terry se echó a reír.

—¿Vieja, a los veintiocho años? —exclamó.

—Treinta y dos —puntualizó Kate—. Y con cinco kilos más de lo que me correspondería...

Él se separó un par de pasos para mirarla de pies a cabeza.

—Nadie lo diría, Kate. Estás como para... para raptarte, créeme.

—Adulador —dijo ella, visiblemente satisfecha. De nuevo volvió a colgarse de su cuello—. Pero, dime, ¿qué te trae otra vez por Wallamauga?

—Proyectos, querida. Proyectos de riqueza, naturalmente.

—¿Oro?

—¿Quién habla de oro, Kate?

—Aquí, en Wallamauga y desde hace un par de años, todo el mundo, Terry.

—¿Es que la gente se ha vuelto loca?

—Casi, querido. Pero ya hablaremos más extensamente a la noche. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—En mi avión, naturalmente. Por cierto, me ha pasado una cosa muy chocante. Un tipo llamado Grunner me ha cobrado cinco dólares por día de estancia en el aeródromo. Antes, que yo sepa, era gratuito.

—Sí, pero alguien compró las tierras y se aprovecha de ello. Tú

ya lo conoces, creo.

—En efecto —contestó Terry—. Le conozco demasiado. Por él me fui de Wallamauga... pero no hablemos ahora del pasado.

—¿Estás seguro de que no quieres hablar del pasado?

Hubo un momento de silencio. Terry y Kate se miraban fijamente, separados los rostros por escasos centímetros. El sentía contra su pecho el casi violento palpitar de los opulentos senos de la mujer.

—¿Serviría de algo, Kate? —preguntó Terry al cabo.

—No me lo digas a mí, díselo a ella... si Charldane te da permiso, claro.

—¿Es su dueño, Kate?

—¿De qué no es dueño Charldane en Wallamauga? Bueno, yo y mi hotel no somos de su propiedad, quizá porque estima que no es un negocio rentable. Pero si levantase un dedo, me quedaría sin nada más que lo puesto.

—Tu marido...

Kate lanzó una amarga risotada.

—¿Es que ya no te acuerdas del barranco? —exclamó—. Orwald no se acordó una noche y a la mañana siguiente apareció con la cabeza rota. Naturalmente, el alcohol le hizo olvidarse del barranco.

—Lo siento, Kate.

—No, no lo sientas, Terry. Está mal hablar así de un difunto, pero, créeme, me sentí muy aliviada al quedarme viuda. Bueno, no hablemos más de cosas tristes. Supongo que querrás bañarte y cambiarte de ropa. Te indicaré tu habitación; a la noche hablaremos más extensamente. Si no tienes ninguna objeción que formular, claro.

Terry se inclinó y la besó en una mejilla.

—Hablares mucho rato —prometió.

Estaba terminando de vestirse, cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo.

Alguien abrió. El individuo se quedó parado en el umbral.

—¿Es usted Terry Powheen? —preguntó.

—Ése es mi nombre, amigo —contestó el recién llegado—. ¿Cuál es el suyo?

—Rick Komara. Tengo que darle un recado. El señor Charldane quiere hablar con usted. Le espera en su oficina.

Terry miró de hito en hito al hombre que tenía frente a sí.

—Dígale al señor Charldane que pienso estar varios días aún en Wallamauga; por tanto, la entrevista no corre ninguna prisa. Ya nos veremos.

—Al señor Charldane no le gusta...

—Conozco bastante bien las preferencias del señor Charldane y sé que difieren notablemente de las mías —dijo Terry sin inmutarse—. Nunca he pretendido imponer a nadie mis gustos; por tanto, haré lo que me parezca, sin importarme lo que ese personaje pueda opinar. ¿Está claro, Komara?

—Se lo diré así y puedo asegurarle que se enfadará bastante.

—Amigo, quien se va a enfadar soy yo, si no se quita inmediatamente de mi vista. Procure solamente pensar en nuestra diferencia de peso y de estatura e imagínese lo que pasará si le expreso mi disgusto con algo más que con palabras.

Komara retrocedió un paso. Era un individuo pequeño, moreno, de pelo muy negro y barbilla casi limpia. Terry le pasaba al menos en un palmo y veinte kilos de peso.

—Está bien, el señor Charldane lo sabrá todo ahora mismo —dijo.

Cerró de un portazo y se marchó.

—Las cosas no han cambiado mucho en Wallamauga en estos seis años —rezongó Terry, mientras terminaba de abotonarse la camisa.

Agarró el sombrero, con cinta de piel de leopardo, se lo puso y bajó al bar del hotel, donde sabía que encontraría una buena jarra de cerveza fresca.

Un somnoliento camarero atendía a los tres o cuatro clientes que había en aquellos momentos. Terry pidió la cerveza y tomó los primeros tragos.

La puerta de la cantina se abrió de pronto. Terry no se fijó en el recién llegado hasta que oyó su voz.

—¿Está aquí un tipo llamado Spottle?

La voz era de mujer. Terry se volvió y divisó a una chica de pelo negro, alta y bien proporcionada, vestida con camisa de manga corta y pantalones de color claro. Parecía muy indignada, a juzgar por las rápidas palpitaciones de su pecho y el enrojecimiento de sus facciones.

—Aquí me tiene, chica —contestó uno de los bebedores—. ¿Qué es lo que quiere de mí, guapa?

—Acérquese, se lo diré al oído —contestó ella—. Es algo que debe quedar entre los dos.

Spottle hinchó el pecho. Miró a los otros y, pavoneándose orgulloso, se acercó a la joven.

—Muy bien, ya puede empezar, señorita Oppaly —dijo.

—Inmediatamente —sonrió la chica.

Y, de súbito, levantó la mano y le asestó una tremenda bofetada.

Spottle lanzó un rugido de rabia, a la vez que se tambaleaba, sorprendido por el golpe. Los otros se echaron a reír.

La joven golpeó de nuevo, aprovechándose de la sorpresa del individuo. Luego alzó el pie derecho y arreó a Spottle una tremenda patada en el muslo izquierdo.

Spottle cayó, lanzando un aullido de dolor. Ella le pegó otro puntapié, ahora en las posaderas, y luego se dirigió hacia la puerta.

—No vuelva más por mi propiedad —dijo, en el momento de salir—. Tengo un rifle, ¿sabe?

La voz de Kate sonó de pronto:

—¡Mel! ¿Qué te ha sucedido? —preguntó.

Kate estaba en la puerta que comunicaba el hotel con el bar. La chica se volvió.

—Ese tipo estuvo hoy en mi propiedad y me voló uno de los pozos. Pude verle cuando escapaba, pero entonces tuve un pinchazo y se me escapó.

—¡No es cierto! —gritó Spottle, todavía en el suelo—. Yo no me he movido hoy de Wallamauga...

—Bud, con la fama que tienes, eso que has dicho no es creíble en absoluto —dijo Kate con severidad—. ¿Has sufrido graves daños, Mel? —preguntó a la muchacha.

—Por fortuna, me queda otro pozo, pero pasarán muchos días antes de que vuelva a manar el agua del que ese bruto me destruyó —respondió la chica interpelada—. Claro que la culpa no es suya, sino de quien le ordenó que lo hiciera.

—Sí, ya entiendo. ¿Puedo ayudarte en algo, Mel?

—Gracias, Kate. Siento haber dado un espectáculo en tu local, pero no pude contenerme. Hasta la vista.

—Adiós, Mel.

Spottle se puso en pie, mascullando palabrotas, a la vez que se frotaba el muslo dolorido. Kate le miró con cara de reproche.

—¿Te has divertido mucho poniendo la dinamita en el pozo? —preguntó.

Spottle lanzó una obscena interjección. Luego, de súbito, levantó la mano y golpeó a Kate con todas sus fuerzas.

Kate chilló y cayó al suelo. Terry se puso en pie de un salto.

—Eso que ha hecho no está bien —dijo.

—No se meta en donde no le llaman, estúpido —contestó.

Terry cruzó la sala y ayudó a Kate a ponerse en pie.

—Vete —dijo.

Ella asintió. Acto seguido, Terry se acercó a Spottle.

El individuo disparó su puño derecho. Terry esquivó ágilmente, asió su muñeca y retorció el brazo.

Spottle gritó, a la vez que giraba sobre sí mismo contra su voluntad. Sintióse empujado hacia la puerta y trató de resistirse, pero era un pelele en manos del joven.

En la puerta, Terry lo soltó. Spottle se volvió hacia él, lívido de ira.

El puño de Terry se disparó como una maza, alcanzando a Spottle de lleno en la mandíbula. El cuerpo del individuo se separó un palmo del suelo, voló un par de metros por los aires y acabó rodando sobre la tierra del exterior.

—¡Buen golpe! —Se oyó una voz femenina.

Terry giró la cabeza. La chica estaba a unos pasos de distancia, junto a un *jeep*, a punto de montar en el vehículo.

—Se lo merecía —contestó Terry, descubriéndose— cortésmente. —Ha pegado a Kate.

Ella miró el cuerpo tendido en el suelo.

—Ese tipo es capaz de cualquier cosa —manifestó.

—Incluso de volarle a usted uno de sus pozos, señorita Oppaly.

—Ah, ¿conoce mi nombre?

—Lo he oído ahí dentro. Yo soy Terry Powheen.

La chica caminó unos pasos y le tendió una mano con gesto espontáneo.

—Me llamo Melissa, pero todo el mundo me dice Mel —exclamó—. Hágalo usted también, señor Powheen.

—Encantado, Mel —respondió Terry—. ¿Vive muy lejos de

Wallamauga?

—Ciento doce kilómetros al noroeste, en las cercanías de Hogagong Lake.

Terry arqueó las cejas.

—Conozco el lugar —dijo—. No es bueno para la cría de ganado.

—Con agua abundante, los pastos no faltan. Pero ahora voy a verme en difícil situación. Uno de mis pozos está cegado...

—Tenga cuidado con las reses. Procure que no se acerquen al Hogagong. Si tienen sed, beberán cualquier líquido, antes de darse cuenta, por ejemplo, que las aguas del Hogagong tienen una elevada proporción de salitre.

—El lago está seco ahora, no hay peligro por esa parte. Llevamos una temporada de sequía muy acentuada —contestó Mel.

—En tal caso, la voladura del pozo ha debido de representar para usted un serio contratiempo.

—Bastante, debo reconocerlo —dijo la chica—. Pero voy a ver si soluciono ese problema con una bomba y un motor.

—Y un tanque elevado, ¿no?

—Sería un gasto excesivo. Cerca de casa hay una pequeña hoyo, que pienso llenar de agua. Suponiendo que el pozo útil no se agote. En ese caso, la situación de mis reses se haría dramática.

—Me agradaría que pudiera solucionar su problema —dijo Terry—. Y cuente con mi ayuda, si se ve en apuros.

—Mil gracias, aunque no veo en qué va a poder ayudarme, caso de que lo precise.

—En conseguir más agua, por ejemplo. Yo también he venido a establecerme en la región y he de empezar, precisamente, por conseguir agua.

—Vaya, así, pues, vamos a tenerle de vecino.

—En efecto, aunque hablar de vecinos en lugares donde las propiedades están separadas por cientos de kilómetros a veces resulta un tanto impropio. Pero, en el peor de los casos, podremos vernos en Wallamauga.

Mel alargó su mano nuevamente.

—Eso espero, señor Powheen —dijo—. Ha sido un placer, se lo aseguro.

—Una opinión con la que estoy plenamente de acuerdo —sonrió

él.

CAPÍTULO III

Terry se acercó al mostrador. Ahora estaba Kate, en lugar del camarero.

—¿Te gusta Mel Oppaly? —preguntó ella, sonriendo.

—Una chica muy guapa —calificó Terry—. ¿De dónde ha salido?

—Vino hará tres años, con sus padres, y se estableció en las cercanías del Hogagong. El padre murió hace menos de un año. La madre está algo delicada y es ella quien ha de dirigir la propiedad, ayudada por un par de peones.

—Parece enérgica y resuelta. Creo que tiene problemas con alguien, ¿no?

—Bud Spottle trabaja para Charldane —contestó Kate.

—Eso explica algunas cosas, ¿no crees?

—Charldane sigue siendo el mismo que conociste cuando vivías aquí, Terry —dijo ella—. De todas formas, vas a tener ocasión de comprobarlo muy pronto.

—¿Cuándo, Kate?

—Ahora mismo.

Terry se volvió. Sylvannus Charldane, seguido de Komara y de otro tipo que resultó desconocido para el recién llegado, acababa de entrar en el local.

—Celebro encontrarle, Powheen —dijo Charldane—. Kate, sírvenos de beber. Al amigo Terry lo que quiera, por supuesto.

—Ya he bebido —contestó fríamente el aludido—. Pero gracias por la invitación, Sylvannus.

—Como quiera, no me gusta forzar la voluntad en estos asuntos. Ustedes, apártense —ordenó Charldane a sus acompañantes.

Los dos individuos se fueron al otro extremo de la barra. Charldane se acodó en el mostrador y miró fijamente al joven.

—Tengo entendido que viene a establecerse en la comarca —dijo.

—Muy pronto corren las noticias aquí —sonrió Terry—. Pero no tengo por qué negar lo que es cierto.

—Ha comprado al Gobierno unas tierras al oeste del Hogagong.

—Sí. Estaban libres y formulé la opción en regla. El representante del Gobierno accedió a la transacción. Todo es legal, no hay nada oculto.

—Lo admito. Ahora, dígame, ¿cuánto quiere por su propiedad?

Terry arqueó las cejas.

—Esas tierras estaban libres —dijo—. ¿Por qué no las compró usted en el momento adecuado?

—No tengo que darle explicaciones al respecto. Mi oferta es de un cincuenta por ciento sobre el valor de lo que haya pagado al Gobierno. ¿Qué me dice, Powheen?

—No.

Hubo un momento de silencio.

—Piénselo bien —dijo Charldane al cabo.

—Está pensado. No vendo —respondió Terry con voz firme.

—Jamás hubiera hecho una oferta semejante a un propietario de tierras y menos a usted —declaró Charldane—. Alguien me suplicó que empleara con usted los buenos modales de una ventajosa transacción comercial. Ella se ha equivocado; desde el primer momento, sabía yo que iba a rechazar mi oferta.

—Me conoce bien —sonrió el joven.

—Demasiado bien. Pero, en lo sucesivo, las cosas rodarán de manera muy distinta para los dos. Téngalo en cuenta, Powheen.

Charldane arrojó unas monedas sobre el mostrador y se marchó. Sus dos acompañantes le siguieron en el acto.

Antes de salir, Komara dirigió una venenosa mirada a Terry.

El joven se estremeció.

—Un sujeto nada recomendable —dijo a media voz.

—Ten cuidado con él, Terry —aconsejó Kate—. Komara es un mal bicho.

—Se le ve en la cara. Y ahora, preciosa, dime, ¿por qué tiene Charldane tanto interés en...?

—Luego, la gente empieza ya a llegar. Cerramos a las doce. Te sugiero continuar la conversación en mis habitaciones, Terry.

Una sonrisa apareció en los labios del recién llegado. Kate tenía los labios entreabiertos y respiraba larga y profundamente, a fin de

hacer destacar aún más los encantos de un busto firme y macizo.

—A las doce en punto —prometió él.

—Ése no es el camino, Curvie —dijo Komara.

A través de la niebla que el alcohol había puesto ante sus ojos, Curvie Hanlod miró al individuo que le hablaba tan amistosamente.

—Ah, eres tú, Rick —dijo con voz tartajosa.

—Sí, yo mismo. ¿Un traguito, Curvie?

Komara enseñó el frasco plano que había sacado del bolsillo posterior de sus pantalones. Los ojos de Curvie relucieron codiciosamente.

—Es una lástima que cierren tan pronto el bar —dijo Komara—. Pero de todas formas, aquí tengo esto para remediar el inconveniente.

—Trae acá...

Komara retiró el frasco.

—No, estamos demasiado cerca de las casas y podrían vernos. Luego la gente habla y... Bueno, ven conmigo y despacharemos juntos esta botella.

Hanlod caminó junto a Komara, quien, confianzadamente, le había puesto un brazo en torno a los hombros. La noche era bastante oscura, aunque no lo suficiente para no ver detalles de ciertas dimensiones.

Komara procuró adormecer la inicial desconfianza de Hanlod con una charla voluble, sin dejarle apenas meter baza. Hanlod asentía con pesados movimientos de cabeza a cada una de las afirmaciones de su accidental compinche.

—Bueno —dijo Komara de pronto—, creo que hemos llegado ya al lugar ideal.

—E... está bien... Abre de una vez ese maldito frasco... Tengo la garganta reseca, ¿no te das cuenta?

—Claro que sí. Ahora mojarás el gaznate, compañero.

Komara maniobró hábilmente, de modo que Hanlod quedase de espaldas al talud inmediato. Los vapores alcohólicos que nublaban la mente de Hanlod le impedían ver con claridad el lugar en que se hallaba.

—Bueno, aquí está, muchacho —dijo Komara, tendiéndole el frasco abierto.

Hanlod chasqueó la lengua. Agarró el frasco y lo levantó,

empinando el codo en una actitud clásica. El

«glu-glú»

del licor al pasar por su garganta llegó claramente a oídos de su acompañante.

Pero Komara, en aquellos momentos, no se fijaba en la acción de Hanlod. Con la vista, recorría las inmediaciones. Satisfecho, reconoció que estaban solos.

Entonces, alargando las dos manos a la vez, pegó a Hanlod un terrible empujón en pleno pecho.

Hanlod trastabilló y perdió el equilibrio. Gritó.

Por un instante, pareció que iba a volver otra vez a la vertical. Furioso, Komara levantó el pie derecho y le arreó un tremendo golpe en el bajo vientre.

Hanlod saltó al vacío. Detrás de él había un talud vertical de más de veinte metros de altura. El frasco volteó en el aire, desparramando el licor en su caída.

Komara se inclinó y escuchó morbosamente los ruidos. Oyó un par de golpes y sonrió satisfecho. No había quien siguiera viviendo después de una caída desde semejante altura, se dijo.

Luego, a favor de las sombras, emprendió el regreso, seguro de no haber sido visto. Hanlod era un borrachín. Todo el mundo encontraría, pues, muy natural, que se hubiese despeñado por el barranco, en el curso de una de sus monumentales borracheras.

—No sé —dijo Kate—. Nadie lo sabe en Wallamauga. De repente, Charldane empezó a comprar tierras. Mejor dicho, a formular ofertas de compra. Algunos accedieron y otros no, porque, a decir verdad, sus ofertas no son demasiado generosas. Por otra parte, se sabe que ha prestado dinero en varias ocasiones a algunos ganaderos. Pero nadie entiende ni sabe cuáles pueden ser sus proyectos. Del oro también se habla mucho, pero nadie ha visto una sola pepita.

—Nunca fue sujeto de fiar, Kate —dijo Terry con acento sentencioso—. Pero incluso ha conseguido que Elsa Miller se casara con él.

—La gente dijo que, en realidad, fue una compra. Así, las tierras de Luke Miller pasaron a su poder. Los maliciosos dicen que compró tierras y ganado humano y animal.

—Ganas de hablar —rió él—. A decir verdad, Wallamauga no tiene demasiadas distracciones y en algo se ha de entretener la gente. ¿Sigue Elsa tan guapa como cuando la dejé?

—Empieza a engordar, pero está muy vistosa. Algunos relinchan cuando la ven —exclamó Kate de buen humor—. ¿Te acuerdas aún de ella?

Terry contempló unos instantes el vaso que tenía en la mano.

—Aquello ya pasó —respondió—. Ocurrió hace seis o siete años y, a veces, me parece un siglo. No, Elsa no me quita el sueño.

—Quien te lo quitará será su esposo. Charldane ha mencionado a Elsa claramente, pero ha sido para pasar por generoso ante los demás. Átate bien las botas o te encontrarás sin tu propiedad antes de que te enteres cómo ha ocurrido la cosa.

—A Charldane le convendría más no meterse conmigo, pero, si lo hace, se llevará un gran chasco.

—Eso mismo se lo escuché a un tipo llamado Randolph. Ahora está muerto, Terry.

El joven la miró con sorpresa.

—¿Randolph? ¿El de Salt Creek? —exclamó.

—El mismo. Murió hace un par de semanas. El puente se hundió bajo el peso de su «Rover» y él pereció aplastado por el vehículo, en el fondo del lecho seco de Salt Creek. Se dictaminó muerte accidental, pero todos están convencidos de que fue obra de Charldane.

—¿Por qué, Kate?

—No lo sé. Nadie lo sabe, salvo que Randolph debía dinero a Charldane. Si ése no fue el motivo, a nadie se le ocurre otro.

—Charldane se habrá quedado con las tierras de Salt Creek, quizá.

—No, no ha dicho que sea su dueño, cosa que extraña a todo el mundo. La verdad, Terry, somos muy pocos en Wallamauga y en el área, pero creo que no hay uno solo que duerma tranquilamente por las noches. A menos que pertenezca a la cuadrilla de Charldane, claro está.

—¿Quién hizo la investigación de la muerte de Randolph?

—Vino el sargento Murquet, de la policía del condado. Pero si te digo cómo hizo la investigación, te morirás de risa.

—Superficialmente, me imagino.

—Ni siquiera se bajó de su avión. Ya le habían avisado por radio de lo ocurrido, así que se dio una vuelta con el aparato, a poca altura, sobre el lugar del accidente. Vio el puente hundido y dictaminó lo que alguien esperaba que se dictaminase.

—No fue capaz de examinar el puente desde el suelo —se indignó Terry.

—Ya sabes que Wallamauga no merece siquiera la consideración de aldea. Es sólo un conjunto de casas, con algunos negocios. Charldane es una especie, de alcalde y él fue quien dio la noticia por radio a Jibalong, añadiendo que ya hacía tiempo que había avisado a Randolph de que debía reparar el puente.

—Q sea, que el sargento Murqueet vino directamente desde Jibalong, dio una vuelta sobre el lugar del hecho y se volvió.

—Exactamente, eso es lo que ocurrió, Terry.

El joven sé acarició la mandíbula pensativamente.

—Bien —dijo, pasados unos segundos—, ahora por tanto, para ir a la propiedad de Randolph habrá que dar una vuelta enorme, puesto que el puente sigue inutilizado.

—Sí, eso creo que se tiene que hacer. ¿Es que piensas ir allí? —exclamó Kate, de repente. Terry sonrió.

—No te preocupes —dijo—. Era sólo un comentario.

Apuró la copa y avanzó hacia la mujer. Ella tenía un gran lazo que le sujetaba el pelo y Terry lo desanudó, dejando que la larga cabellera rojiza cayera libremente sobre su espalda.

—Me gustas más así —murmuró, a la vez que rodeaba su cintura con los brazos.

Kate pasó los suyos por el cuello del joven.

—Y así aún te gusto más, me imagino —dijo con voz llena de insinuaciones.

Terry se inclinó para besarla. Cuando las dos bocas estaban a punto de juntarse, él creyó oír un débil grito en la lejanía.

—¿Has oído, Kate?

—Sí, pareció un grito... pero no te preocupes. Lo que pase ahí fuera no nos interesa en absoluto ahora.

—Tienes toda la razón —convino él.

Mucho más tarde, en la oscuridad, Terry dijo:

—Aquel grito parecía venir de la barrancada, ¿no crees?

—Es un sitio muy malo para caminar de noche, querido —

respondió la mujer. De pronto, se incorporó sobre un codo y, volviéndose hacia él en el lecho, se inclinó ligeramente—. ¿Por qué has venido, Terry? —le preguntó, en tono de reproche.

—¿Eh? ¿Cómo dices? —exclamó Terry, sobresaltado.

Kate volvió a abrazarle.

—No te preocupes —murmuró a su oído—. Ya sé que no eres para mí, pero, al menos, déjame gozar de estos minutos de felicidad a tu lado.

CAPÍTULO IV

El avión evolucionó lentamente, perdiendo altura a cada vuelta. Terry tenía un ojo en la tierra y otro en los instrumentos. Desde el aire, podía ver claramente la hendidura que era el cauce seco de Salt Creek, con el puente hundido y en el fondo los restos del «Rover» de Randolph.

La casa de Randolph se hallaba a unos tres kilómetros de distancia, hacia el oeste. Terry se dijo que quizá más tarde iría a investigar en la hacienda. Ahora, de momento, le convenía más examinar con todo detenimiento los restos del accidente.

No lejos de allí había un trozo llano de algunos centenares de metros de extensión. Se alejó un par de kilómetros y volvió, perdiendo altura y con los gases al mínimo.

El tren de aterrizaje chirrió cuando las ruedas entraron en contacto con el suelo. El avión corrió, dejando tras sí una enorme polvareda. Era de tren triciclo y las tomas de tierra resultaban muy seguras. A los pocos momentos, Terry aplicó los frenos.

La hélice dio sus últimas vueltas. Terry levantó la cúpula y sintió el calor en el rostro. Se quitó las correas y saltó al suelo.

El puente quedaba a unos doscientos metros de distancia. Caminó a pie, protegiéndose la cabeza con un sombrero de anchas alas y los ojos con las gafas ahumadas. De repente, oyó a lo lejos el ruido del motor de un automóvil.

Se volvió. Un *jeep* corría hacia allí a campo traviesa. Terry se detuvo en las inmediaciones del puente.

El automóvil llegó a los pocos momentos. Su conductor agitó la mano.

—Hola —dijo Mel Oppaly.

—¿Cómo está? —sonrió el joven.

Mel saltó del vehículo. Vestía camisa de color caqui, claro, con las mangas subidas, pantalones cortos, medias y botas. En torno a

su esbelto talle llevaba un cinturón, del que pendía una funda con un revólver.

—Le he visto aterrizar de lejos, aunque no me imaginé que podría ser usted —manifestó ella.

—He venido a dar una vuelta —explicó Terry—. Anoche oí mencionar la muerte de Randolph.

Los grises ojos de Mel se fijaron en el puente.

—Accidente —dijo—. Según la versión oficial, por supuesto.

—¿Cuál es la suya?

—Asesinato.

—¿Y su autor?

—¿Se lo voy a señalar sin pruebas?

—No, es lógico —sonrió Terry—. Al menos, dígame los motivos del supuesto asesinato.

Mel se encogió de hombros.

—No se me ocurre ninguna razón de peso —contestó.

—Tal vez las tierras, ¿no cree?

—Valen muy poco para justificar un asesinato; a menos, si el que lo hizo es el que los dos tenemos en el pensamiento.

—Entonces, opina que puede haber otros motivos.

—Sí, aunque, en todo caso, no los conozco en absoluto. Ni se me ocurre la menor hipótesis al respecto.

—Alguna razón de peso existió —observó Terry, con expresión pensativa—. Pero ¿por qué no examinamos mejor el puente? ¿Sabe si es cierto que Randolph había avisado de su mal estado?

—Eso se dice. Yo nunca comenté nada con él sobre ese particular.

—¿Lo veía usted con frecuencia?

—Relativamente. La distancia entre nuestras propiedades es de setenta kilómetros, pero, insisto, en nuestras últimas conversaciones el puente no se mencionó nunca.

—Por lo visto, Randolph usaba un vehículo mucho más pesado que su *jeep*.

—Sí, un «Rover», capaz para tonelada y media. A mí me gusta más el *jeep*, aunque en la hacienda tengo otro vehículo igual al de Randolph. Pero sólo lo empleo para el acarreo de materiales y provisiones.

—¿No le gustan los caballos? —sonrió él.

—Sólo los empleamos en las inmediaciones de la casa. Para las distancias largas, el *jeep* es lo más conveniente.

—O el avión.

—Hay ganaderos que tienen el suyo, pero viven más lejos que yo. A mí, por ahora, no me hace falta. ¿Cuándo piensa empezar sus trabajos, señor Powheen?

—Estoy esperando que me lleguen algunos pertrechos. Una semana, más o menos.

—Entonces se irá al otro lado del Hogagong.

—Justamente —sonrió Terry—. Pero antes haré otra cosa. Si me quiere acompañar...

—¿Muy lejos?

—No, sólo al fondo del cauce. Quiero examinar los restos del accidente.

Intrigada, Mel le siguió. La pendiente era muy fuerte, aunque había sitios por los cuales se podía bajar sin excesivas dificultades.

Momentos más tarde, se hallaban junto a los destrozados restos del puente y de la camioneta. Terry examinó el vehículo en silencio, mientras la joven le contemplaba con gesto expectante.

Al cabo de unos momentos, Terry la emprendió con las vigas y maderos que habían formado parte del puente. De pronto, lanzó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó Mel, intrigada.

Terry tenía en la mano un pedazo de tabla. Apartó un trozo de viga y levantó con dos dedos un objeto que parecía hecho de metal.

—¿Es algo de importancia? —quiso saber la muchacha.

Terry demoró la respuesta unos segundos. Mientras, paseaba la mirada a su alrededor.

—Mel —dijo al cabo—, ¿no se ha dado cuenta de que hay restos del puente esparcidos por todas partes?

—Es natural; al fallar bajo el peso del vehículo...

—Un accidente de tal clase no enviaría trozos de viga a treinta o cuarenta metros de distancia, ni siquiera aunque se tratase de un camión pesado. Eso lo hizo otra cosa, Mel, créame.

—Pero ¿qué, Terry? ¿Qué es lo que hundió el puente?

—Una explosión.

Terry Powheen hizo saltar en su mano el trozo de metal.

—Formó parte de una bomba de mano —dijo—. Y en este

fragmento de madera, hay señales indudables de fuego, como las que causa una deflagración violenta e instantánea.

El puente saltó en pedazos justo cuando Randolph se disponía a cruzarlo.

Ella parecía muy asombrada.

—Era un puente muy sólido —manifestó—. Una sola bomba de mano...

—Fue, en mi opinión, el detonador. Estaría sujeta a un fajo de cartuchos de dinamita y esto sí tenía la potencia suficiente para destruir el puente.

—Oiga, si un tipo lanzase un explosivo semejante, el estallido le haría pedazos a él también, porque no habría distancia suficiente para quedar protegido, ¿no le parece?

—Indudablemente, pero ¿qué me dice si la dinamita fue lanzada desde un avión? Aunque no hubiese acertado al puente de lleno, cosa que creo sucedió, la explosión en el fondo del cauce habría sido suficiente para debilitar su estructura y provocar su hundimiento al paso del «Rover».

—El cauce del Salt Creek no es muy hondo —alegó ella.

—Cierto, pero es preciso suponer que Randolph iría a gran velocidad. Ochenta o noventa kilómetros por hora son más que suficientes para matarse en sus condiciones.

Mel asintió.

—Así parece que pudo ocurrir, pero ¿qué le hacía ir a tanta velocidad con un vehículo pesado? ¿Cuál era su urgencia?

—Quizá si fuésemos a su casa podríamos encontrar algo, ¿no cree?

—¡Sí! —aceptó ella con vehemencia—. Vamos, podemos llegar en cinco minutos.

Instantes más tarde, se hallaban a bordo del *jeep*. Mel puso el motor en marcha y el vehículo arrancó en el acto.

La distancia que había hasta la casa de Randolph fue recorrida en menos de cinco minutos. Terry se sintió impresionado por la soledad del lugar.

—¿Dónde está el ganado? —preguntó.

—Suelto. Es lo mejor, ya que no hay nadie para cuidarse de los animales —contestó la muchacha, a la vez que cortaba el contacto.

Terry se apeó. Reinaba un silencio absoluto. A lo lejos, un

remolino de viento levantó una tolvana de polvo amarillento.

Mel se acercó a la casa. Terry caminaba a dos o tres pasos de distancia.

De pronto, Terry vio algo que le hizo detenerse. Mel había entrado ya en la casa y volvió a salir, viendo a su acompañante detenido junto a una de las ventanas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Huellas de balazos —contestó él lacónicamente.

—¡Oh! —dijo Mel, muy impresionada.

Terry miró a través de los cristales, agujereados.

—Veo una emisora de radio —manifestó.

—Sí, todos los hacendados tenemos una. En las condiciones en que vivimos, es lo más conveniente. Usted también tendrá que procurarse su transmisor de radio.

—Lo tengo encargado —contestó Terry—. Vamos a ver por qué Randolph no usó su aparato de radio y salió disparado para ir a morir en el puente del Salt Creek.

—¿Cree que ocurrió así?

—Muy probablemente —dijo él.

Entraron en la casa. Las señales que Terry observó en el transmisor corroboraron sus suposiciones.

—De modo que lo destrozaron a tiros —murmuró la joven.

—Indudablemente. Por una u otra razón, Randolph se sintió atacado y quiso hacer una llamada de socorro. Pero los disparos habían inutilizado la radio y tuvo que usar el «Rover».

—Y al llegar al puente...

—Explotó la dinamita y se mató.

—Randolph tenía un rifle. Podía haberse defendido.

—¿Contra una ametralladora que disparaba desde un avión?

—¿Qué? ¿Fue así como le atacaron?

—Con toda seguridad, Mel —respondió Terry—. Randolph vio algo que le hizo correr a la radio, pero, entonces, los del avión le atacaron a tiros. Cuando le vieron salir disparado en el «Rover», se le adelantaron y esperaron a que llegase al puente. Eso es todo.

—Oiga, usted parece un detective —exclamó ella, admirada—. ¿Cómo puede saber que fue atacado desde un avión?

—Bien, los tripulantes tendrían la radio abierta. Al darse cuenta de que no funcionaba la de Randolph, que era lo que buscaban, se

imaginaron lo que podía suceder. Es de suponer que ya estuviesen prevenidos y por ello lanzaron los explosivos cuando él estaba a punto de entrar en el puente. A ochenta o noventa kilómetros por hora, un «Rover» no se detiene en cuatro pasos, Mel.

—Sí, creo que tiene usted toda la razón —concordó la muchacha—. Pero ¿qué le hizo correr a la radio con toda urgencia?

—No lo sé. Mis deducciones ya no llegan a tanto.

Mel se dirigió impetuosamente hacia la puerta.

—Vamos a ver qué encontramos en las inmediaciones —propuso.

—Si no le importa, yo guiaré el *jeep*. Usted puede viajar de pie; verá mejor las cosas y, además, conoce el terreno —sugirió Terry.

—De acuerdo.

El vehículo arrancó a los pocos momentos. Terry guió lentamente, describiendo círculos cada vez más amplios en torno a los edificios. De pronto, Mel lanzó un grito:

—¡Allí, a la derecha!

Terry gobernó el automóvil en la dirección indicada. A los pocos momentos vio un montón de escombros de extraña composición.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un pozo. Randolph tenía dos en sus tierras. Alguien se lo voló con dinamita. Como a mí —respondió ella.

Terry había parado ya el coche y saltó al suelo. Lanzó una rápida mirada hacia la casa, que apenas se veía a lo lejos, y luego volvió la vista hacia los restos del pozo.

—Sí —dijo al cabo—. Primero, alguien voló el pozo. Randolph acudió al ruido, pero los autores de la voladura escapaban ya en el aeroplano. Hay sitio de sobra para aterrizar sin dificultades.

—Algunas veces, Randolph se hacía traer directamente los suministros desde Jibalong, pero últimamente tenía que comprar en el almacén de Charldane. Ya había agotado su crédito en Jibalong, ¿comprende?

—Creo que sí. El suministrador de Jibalong se cansó de enviar un aeroplano de carga a un moroso.

—Justamente, Terry.

—Y entonces, cuando él vio que el pozo había sido volado, volvió a la casa para llamar por radio, pero...

Terry no quiso seguir adelante. Tanto él como la muchacha,

sabían ya con toda claridad lo que había ocurrido en aquel lugar una semana antes.

—Sólo ignoramos una cosa —dijo.

—¿Cuál, Terry?

—El nombre del que lo hizo. O lo ordenó hacer, que para el caso es lo mismo —respondió el joven.

CAPÍTULO V

Saltó del avión y se dirigió al barracón de control del aeródromo. Tom Grunner salió a la puerta al verle llegar.

—Haga el favor de repostar mi avión —pidió Terry—. Envíeme la factura al hotel.

—Lo siento, señor —dijo Grunner—. Los pagos son al contado.

Terry se quedó cortado, pero sólo fue un instante. Enseguida, sonrió cortésmente.

—Bien; en tal caso, repostaremos luego. Ahora no llevo bastante dinero encima —declaró.

—Lo siento, son órdenes —se disculpó el otro.

—Ya me lo figuro. Gracias, amigo.

Terry echó a andar hacia el poblado. Un almacén, un taller de reparaciones, cuatro o cinco casas, el hotel-bar... y varios barracones. Wallamauga resultaba un lugar de escasos atractivos, era preciso reconocerlo.

Un *jeep*, el vehículo más común en aquellos parajes, aparte del aeroplano, se detuvo de pronto cuando llegaba al hotel. El conductor, una joven de formas macizas y pelo estridentemente rubio, saltó al suelo y puso una mano en la cadera, para mirarle con expresión casi burlona, mientras mordisqueaba el cabo de una de las patillas de sus lentes de color.

La joven vestía un traje estampado de vivos tonos, muy escotado y sin mangas. Además, estaba provocativamente ajustado a las explosivas curvas de su anatomía. Terry la vio y pensó que debajo de la tela polícroma había muy poca cosa más, salvo, naturalmente, aquel cuerpo incitante.

—Eres el último hombre a quien hubiera pensado en ver aquí —dijo Elsa Charldane.

Terry la miró fijamente durante un segundo.

—A veces es bueno volver al lugar de donde se ha salido —

contestó.

—¿Aunque sea un agujero?

—Tú sigues en él, creo.

—Por necesidad, Terry —suspiró la mujer—. He oído decir que piensas establecerte en la comarca.

—Es cierto, Elsa.

—Resulta extraño. Antes, o al menos así te recuerdo yo, eras un hombre inquieto. No te gustaba nunca parar en el mismo sitio. Ahora piensas quedarte aquí de un modo fijo. ¿Qué te ha hecho cambiar, Terry?

—Los años pasan, los tiempos cambian... y las personas también cambian. Tú, por ejemplo, Elsa.

—¿Lo dices porque me casé con Sylvannus Charldane? Era el mejor partido que se me presentó en este infecto agujero.

—No me gustaría que tu marido te oyese hablar así. Podría disgustarse.

Elsa se encogió de hombros.

—No me importa lo que piense —respondió—. Le doy todo lo que él buscó en mí.

—Y él, ¿qué te da a ti?

—Imagínatelo —rió ella.

—Algún lujo, ciertas comodidades... pero poca cosa más. En Brisbane o en Sydney tendrías ocasión de vivir mejor, me parece.

—Algún día dejaremos este infierno. Sylv está reuniendo una fortuna. Cuando lo haya conseguido, nos iremos. Entonces, en Sydney o en Brisbane, disfrutaré de todo lo que no he podido disfrutar hasta ahora.

—Te deseo mucha suerte. Mejor dicho, os la deseo a ambos. Y ahora, si me lo permites...

La mano de Elsa se posó sobre el brazo de Terry cuando éste se disponía a reanudar la marcha.

—¿Por qué te fuiste de Wallamauga? —preguntó, con voz dolida—. Tú y yo podíamos...

—No, no hubiéramos podido, Elsa. Hubiéramos fracasado lamentablemente. Tú necesitas otra clase de hombre muy distinto a mí, un Sylvannus Charldane, por ejemplo. Yo no hubiera podido ser, no soy, como es él. ¿Lo entiendes ahora?

Elsa hizo un gesto de asentimiento, a la vez que respiraba

profundamente.

—Sí, lo entiendo. A pesar de todo, opino que fue una lástima que no lo intentásemos, Terry.

—Yo opino que fue un acierto —contestó él, sobriamente.

Elsa se puso las gafas nuevamente y contempló la alta silueta que desaparecía en el interior del hotel. Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—Quizá...

Pero no se atrevió a formular, ni siquiera a media voz, los pensamientos que bullían en el interior de su cerebro.

—¿Cómo has encontrado a la señora Charldane? —preguntó Kate.

—Muy guapa y terriblemente atractiva —contestó Terry—. Nos has visto hablando, supongo —añadió.

—Todo el mundo os ha visto. Antes de diez minutos, su ilustre marido estará enterado de la entrevista.

—Yo no la he buscado. Ha sido una coincidencia, Kate; tú lo sabes mejor que nadie.

—Es cierto —convino ella—. Pero habrá que hacérselo creer al receloso señor Charldane.

—¿Receloso o celoso? —preguntó Terry, maliciosamente.

—Ambas cosas. Con sinceridad, no le gustará que hayas hablado con Elsa.

—Repito que no he podido evitarlo. Y la opinión de Charldane al respecto me tiene sin cuidado.

—Haces mal. No te fíes. Charldane, además de terriblemente ambicioso, es muy rencoroso.

—Y puede que también otra cosa, Kate.

—¿Cuál, Terry?

Estaban los dos en el bar, solitario en aquellos momentos. Terry se acodó en el mostrador y la miró fijamente.

—Randolph no murió accidentalmente, sino asesinado —declaró.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Terry, cuidado con lo que dices —exclamó.

—Hay pruebas de que fue un asesinato, aunque no de la identidad de sus asesinos. Lo que no se me alcanzan son los motivos del crimen.

—Creo, no estoy segura, que Randolph debía dinero a Charldane, pero...

Kate se interrumpió de pronto. Terry la miró con interés.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no sigues? —preguntó.

—Oye, puede que tengas razón, después de todo. ¿Conocías a Curvie Hanlod?

—No, nunca he oído ese nombre, Kate.

—Es cierto. Vino a Wallamauga después de haberte ido tú. Bueno, de ése sí sé con certeza que debía dinero a Charldane. Esta mañana ha aparecido despeñado en el fondo de la barrancada. Por supuesto, era un borrachín y todo el mundo dice que perdió pie, en una de sus habituales borracheras, pero después de lo que te he oído, ya no estoy tan segura de que esa caída haya sido un mero accidente.

Terry frunció el ceño.

—¿A qué hora ocurrió el hecho? —inquirió.

—Por la noche, no sé... No hay médico que pueda afirmar una hora aproximada, pero sí sé que estuvo en el bar hasta poco antes del cierre.

—Anoche, tú y yo creímos escuchar un grito, Kate.

—Es cierto. Fue entonces cuando murió Hanlod.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Terry dijo:

—Vendrá alguien a investigar esa muerte, supongo.

—Sí, el sargento Murqueet, quien ya ha anunciado su llegada. —Kate miró de pronto a través de una de las ventanas—. Un avión está aterrizando en estos momentos —señaló.

—Puede que sea él, en efecto. Bien, con tu permiso, voy a mi cuarto; necesito una ducha. Te veré Mego, Kate.

—Sí, Terry.

Una hora más tarde, Terry bajó al bar nuevamente. Había allí un tipo de aspecto pomposo, con un gran bigote negro, cuyas guías se atusaba frecuentemente con gestos afectados. Charldane y Komara estaban junto al individuo.

—No cabe la menor duda —dijo el sargento Murqueet—. Dadas las circunstancias, la muerte de ese pobre diablo solo pudo deberse a un accidente. Así lo haré constar en mi informe a mis superiores, señor Charldane.

—Mil gracias, sargento —contestó el aludido—. Me siento

consternado por lo ocurrido. Pese a sus defectos, Hanlod era un hombre muy apreciado en la comunidad. Podemos enterrarlo ya, supongo.

—No hay inconveniente —accedió Murqueet—. Pero habrá que avisar a la familia.

—Su mujer estaba fuera, en Port Darwin, visitando a una hermana. No llegará a tiempo, y aquí, en Wallamauga y con estas temperaturas...

—Comprendo —sonrió el sargento—. Sí, conviene que le entierren cuanto antes.

Terry había oído aquella conversación desde la puerta que comunicaba el bar con el vestíbulo del hotel. La puerta estaba compuesta por dos batientes de rejilla, que permitía ver sin ser visto.

Ya no quiso seguir escuchando. Dio media vuelta, y en lugar de pasar al bar, como había planeado, salió por la puerta del hotel.

Se imaginaba fácilmente dónde podía hallarse el cadáver de Hanlod. Antes de que enterrasen al desdichado, quería comprobar algo que se le había ocurrido de repente.

El cuerpo de Hanlod estaba en un viejo cobertizo, donde se guardaban herramientas y un par de vehículos. Había una especie de mesa, en la que se veía un bulto cubierto con una manta.

Terry echó la manta hacia atrás. Torció el gesto al ver el feo aspecto que presentaba el cráneo de Hanlod. Pero decidido a seguir hasta el fin, terminó de descubrir el cadáver.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Terry dejó escapar una apagada interjección.

Casi en el mismo momento, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Busca algo, señor Powheen?

Terry cubrió de nuevo el cadáver.

—No, sólo vine a rezar un poco por el alma de este desdichado —contestó, a la vez que se volvía.

Rick Komara estaba en el umbral del cobertizo. Terry se fijó en que llevaba una pistola automática en una funda, pendiente de su cinturón de cuero.

—¿Era amigo suyo, acaso? —preguntó el individuo.

—Siempre resulta conveniente rezar una oración por los difuntos, aunque no se les conozca. Es una de las obras de

misericordia, por si no lo sabía usted —respondió Terry, a la vez que echaba a andar hacia la puerta.

CAPÍTULO VI

Charldane y el sargento Murqueet estaban en la puerta de la cantina, charlando amistosamente. Terry se acercó a ellos, consciente de que Komara le seguía los pasos.

—Hola, sargento —saludó el joven—. ¿Qué tal, Charldane?

Los dos hombres le miraron inquisitivamente. Murqueet preguntó:

—¿Quién es?

—Terry Powheen, sargento —contestó Charldane—. Vivió aquí hace algunos años y ahora parece que ha venido a establecerse de nuevo.

—Muy interesante —dijo Murqueet—. Celebro conocerle, señor Powheen.

—Lo mismo digo, sargento. Por cierto, tengo entendido que ha venido usted a investigar la muerte de Curvie Hanlod.

—Así es, en efecto. Como le decía al señor Charldane, se trata de un desgraciado accidente...

—Sargento, temo que su dictamen habrá de ser corroborado por un médico —cortó Terry, fríamente—. Imagino que ha venido en un avión y que dispone de radio. Llame a su superior y pídale que venga el forense inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —se asombró Murqueet—. Yo no he visto nada de particular...

—Yo, sí. He tenido la curiosidad de quitar al cadáver parte de sus ropas. Bueno, con este clima, los tejidos son siempre muy finos; todos llevamos ropas ligeras y el pobre Hanlod no iba a ser una excepción. Ello permitió que en su bajo vientre quedasen grabadas unas huellas muy nítidas.

—¿Huellas? ¿Qué clase de huellas? —exclamó Charldane, intrigado y perplejo a un tiempo.

—Un pie. Perdón, una bota —puntualizó Terry—. Claveteada,

por más señas. Eso significa que alguien le pegó un puntapié en la ingle.

—No tengo noticias de que haya habido una pelea en Wallamauga, en la que Hanlod haya tomado parte —declaró el sargento.

—No hubo pelea. Ese puntapié le fue propinado con objeto de arrojarle por el barranco.

Hubo una ligera pausa de silencio. Terry observaba a Charldane con el rabillo del ojo y lo vio pálido e incómodo.

—Bueno, bueno —dijo Murqueet, con fingido acento de campechanería—. Y ya que ha descubierto usted tantas cosas, probablemente podrá decirnos quién fue el que asestó a Hanlod el puntapié fatal.

Terry se apartó a un lado.

—Ahí lo tiene, sargento —señaló a Komara—. Usa botas claveteadas, y estoy seguro, la derecha coincidirá en todo con la impronta violácea que aún se nota en la ingle de Hanlod. Como es lógico, los clavos se marcaron más que el resto de la suela. Usted mismo puede comprobarlo con toda facilidad —concluyó el joven.

—Señor Powheen —dijo el sargento, arrugando el entrecejo—, acaba usted de formular una acusación muy grave. Si lo que dice no es cierto, el señor Komara tendrá derecho a demandarle por calumnia.

—Estoy dispuesto a aceptar la plena responsabilidad de mis actos —contestó Terry, serenamente—. Y lo que he dicho no es ninguna calumnia, sino la plena expresión de la realidad.

Mientras hablaba, Terry observaba a Komara con el rabillo del ojo. El sargento parecía indeciso.

De pronto, Komara dio un paso atrás, a la vez que emitía un grueso juramento:

—¡Maldición! No permitiré que me encierren para toda la vida —barbotó, mientras forcejeaba para sacar la pistola.

Terry dio un paso hacia adelante. En el mismo momento, se oyó un estampido.

Un redondo agujerito apareció en la frente de Komara, en cuyo rostro surgió de inmediato una expresión de sorpresa absoluta. Aulló la boca, pero ya no tuvo tiempo de decir nada.

Un segundo después, se desplomaba al suelo. Charldane volvió

los ojos hacia Murqueet.

—Siento infinito lo que he tenido que hacer —manifestó—. Pero ese tipo iba a atacarle a usted y no me quedó otro remedio que utilizar mi pistola.

Murqueet asintió, tan pálido como el cadáver que yacía a pocos pasos de distancia.

—Increíble —murmuró—. ¿Por qué tuvo que asesinar a Hanlod?

Terry fijó la vista en Charldane. En los ojos del individuo había un brillo de odio mortal.

—Ya no puedo llegar a tanto —manifestó—. Pero sí le recomiendo, sargento, que compare la bota derecha de Komara con la huella que hay en la ingle de Hanlod.

Dicho lo cual, se abrió paso entre el círculo de curiosos que se habían congregado al ruido del disparo y entró en el hotel.

Murqueet llegó minutos más tarde al bar, terriblemente alterado.

—Póngame una copa, Kate —pidió—. La necesito.

—Sí, sargento.

Kate llenó el vaso, que Murqueet despachó de un trago. Después de beber, el sargento dijo:

—Powheen tenía razón. Hanlod fue asesinado.

—Como Randolph —habló Terry, de pronto, situado en la puerta de comunicación entre el hotel y el bar.

—¿Qué? —Murqueet se volvió, respingando—. ¿Qué dice usted de Randolph?

—Otro asesinato, sargento —corroboró el joven, sin pestañear.

—¡Dios mío! Pero... esto es horrible... Jamás había pasado nada semejante en Wallamauga. Oiga, ¿cómo sabe usted que Randolph fue asesinado?

—Vaya a su propiedad y encontrará las pruebas en el puente y en su propia casa —indicó Terry.

Acto seguido, relató el resultado de sus pesquisas. Murqueet parecía anonadado.

—Supongo que podrá usted demostrar... lo que ha dicho —habló, con voz insegura.

—La señorita Oppaly estaba conmigo y ella vio todo lo que yo le he dicho —respondió Terry.

Murqueet asintió.

—Ya... ya es un poco tarde para ir hasta allí —dijo—. Kate,

¿tiene usted una habitación para mí?

—Por supuesto, sargento.

—Está bien. Ahora iré a comunicar por radio lo que sucede. Mañana, por la mañana, muy temprano, me acercaré a la propiedad de Randolph.

El sargento se marchó. Kate sonrió.

—Pobre hombre —dijo—. Me parece que todo esto es demasiado para él.

—Tengo la sensación de que hasta ahora ha vivido una existencia muy cómoda —opinó Terry—. No le costaba mucho cerrar los ojos a algunas tropelías, pero si hay sangre de por medio, se va a ver en un verdadero aprieto.

Tres o cuatro individuos entraron en la cantina, Terry se despidió de Kate.

—Nos veremos más tarde —dijo.

—Ya sabes dónde —sonrió ella, maliciosamente.

Cubierto el opulento cuerpo con un peinador de finos velos, Kate se cepillaba ante el espejo. Terry, sentado en un sillón, fumaba plácidamente.

—¿Por qué asesinaron a Hanlod? —dijo ella, de pronto.

—Hablas en plural, Kate. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, desde luego. Komara no mató a Hanlod en una vulgar pelea entre borrachos. Pero ¿lo hizo siguiendo órdenes de Charldane?

—En todo caso, sería muy difícil probarlo. Komara ya no podrá decirnos si actuó *per se* o bajo las órdenes de Charldane.

—Ese tipo no obró por propia voluntad, Terry —aseguró ella—. Como los demás, estaba para obedecer las órdenes de Charldane. Hay cinco o seis tipos, si no son más, que no son otra cosa que simples esbirros.

—Hanlod debía dinero a Charldane.

—Sí, era de dominio público. Pero ¿murió solamente por eso? A mi entender, matar a un tipo que no te paga, es una tontería. Muerto es cuando no podrá pagarte jamás.

—Si Charldane tuvo algo que ver en esas muertes, no nos lo dirá, como es lógico. Por lo tanto, tendremos que investigar por otro lado.

Kate se volvió en su asiento.

—Pero ¿es que piensas seguir investigando? —se asombró.

—¡Naturalmente! —respondió él—. Voy a establecerme aquí y no quiero dormir toda la vida con una pistola bajo la almohada.

—Entiendo. —Kate se mordió los labios—. Como sea, Charldane es un tipo muy astuto y escurridizo.

—Y lleva camino de convertirse en el amo de la región, ¿no es así?

—Ésos son los rumores, en efecto. Tú mismo pudiste comprobarlo cuando te quiso comprar la propiedad. Le sentó como un tiro no haber podido adquirir esas tierras. Ahora son mías. —Terry se puso en pie—. Bueno, creo que ya es hora.

—¿De qué es hora, querido? —preguntó ella, maliciosamente, a la vez que se ponía en pie.

—Mañana tengo que madrugar, Kate.

Los brazos de la mujer se enroscaron en torno al cuello de Terry.

—Unos minutos más, poco importan —susurró, con voz ardiente.

Buscó ávidamente la boca de Terry y él correspondió con no menor fuego en sus besos.

Desde la altura, a unos quinientos metros, divisó una humareda en el suelo. Había otra un poco más adelante y el hecho le extrañó.

Cortó gases ligeramente, empujó la palanca adelante y a la izquierda y metió el pie derecho. El avión se ladeó e inició un amplio viraje descendente.

Momentos después, Terry volaba casi a ras del suelo, y pudo apreciar el origen de una de las humaredas. Eran las casas e instalaciones de Randolph, que ya terminaban de quemarse.

La otra humareda procedía de los restos del puente y del «Rover». Parado en las inmediaciones del Salt Creek, pudo ver un automóvil, junto al cual se hallaba un individuo.

Terry perdió unos cincuenta metros más de altura y dio una vuelta muy ceñida sobre los restos humeantes del puente. Cuando lo hacía, se percató de que el sujeto subía a su automóvil y arrancaba a toda velocidad en dirección a Wallamauga.

A Terry se le hizo sumamente sospechosa aquella acción. El individuo parecía escapar de aquellos parajes.

Picó a fondo, aunque sin dar gases al máximo. El coche no podía

pasar de noventa o cien kilómetros a la hora y él le sacaba al menos el doble. Bajó hasta, diez o doce metros del suelo y dio una rugiente pasada sobre el fugitivo vehículo.

El conductor maldijo entre dientes. Terry tiró ligeramente de la palanca hacia sí, a la vez que avanzaba la manecilla de gases. El avión se remontó, pero en lugar de virar ceñidamente, se alejó unos centenares de metros.

Viró a lo lejos, perdió altura y niveló timones. El automóvil continuaba rodando en la misma dirección.

Terry fue perdiendo altura, hasta hallarse a tres o cuatro metros del suelo, volando en sentido diametralmente opuesto al del coche. Entonces, aceleró a fondo.

El motor del avión rugió atronadoramente. Terry se elevó ahora ceñidamente, virando sobre un ala. Había muchos sitios donde esconderse en aquellos parajes y pocos donde aterrizar. Y no podía permanecer volando indefinidamente, mientras el sujeto escapaba hacia Wallamauga. Simplemente, el autor de los incendios, pues ahora estaba seguro de que era aquel tipo, se detendría en cualquier paraje acogedor para él y aguardaría a que la falta de combustible le hiciese volar de regreso a Wallamauga.

A pesar de todo, quiso hacer una nueva intentona. Tras haberse remontado, descendió de nuevo a toda velocidad. El avión que pilotaba podía alcanzar los doscientos cincuenta kilómetros por hora y dio gases a fondo.

Con un ojo vigilaba los instrumentos y con el otro los movimientos del coche perseguido. Esta vez bajó a una distancia increíble del suelo y pasó a toda velocidad sobre el automóvil.

El torbellino de aire y polvo cegó momentáneamente al conductor, quien durante unos instantes creyó que el tren de aterrizaje del aeroplano se le llevaba la cabeza. El ruido atronador, el viento y el polvo le aturdieron y le hicieron perder el control del vehículo, que dio unos bandazos, antes de chocar de refilón contra el tronco de una gran acacia.

El automóvil rebotó como una pelota y su conductor salió despedido a gran distancia, dando unas cuantas vueltas sobre el suelo, antes de detenerse. Terry observó la escena desde la altura y se decidió a bajar.

No lejos de aquel lugar había un trozo despejado. Cortó gases,

sacó «flaps» y perdió altura. «Será muy interesante hablar con el autor de los incendios», se dijo.

CAPÍTULO VII

Apenas se hubo detenido el avión, Terry levantó la cúpula y corrió hacia el lugar donde se había producido el accidente. De pronto, oyó a lo lejos el ruido del motor de un automóvil.

Receloso, volvió al avión, en donde tenía un fusil semiautomático. Soltó el arma de sus encastres y caminó de nuevo hacia el coche accidentado. Si el incendiario tenía amigos, era posible que se viese en la necesidad de emplear el arma.

Cuando llegaba al lugar del accidente, vio aparecer un *jeep* entre los espinos. La mano del conductor se movió en señal de saludo.

—¡Terry!

El joven respiró aliviado. Mel Oppaly detuvo su coche y saltó al suelo.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Terry? —preguntó la muchacha.

—¿No ha visto usted las humaredas?

—Sí, desde lejos. Me pregunté qué podría ocurrir.

—Ese fuego ha borrado las pruebas de la muerte de Randolph. Sus asesinos cometieron el error de creer que con la superficial investigación del sargento Murqueet estaba todo resuelto, pero ayer por la tarde yo le abrí los ojos al respecto. De todas formas, se lo contaré luego más extensamente; ahora vamos a ver al individuo que provocó los dos incendios.

Mel asintió y se emparejó con el joven. Momentos después, divisaron el coche volcado.

Un poco más allá, yaciendo de bruces sobre el suelo, se encontraba su conductor. Terry se arrodilló a su lado y le dio la vuelta.

—¡Es Pete Boczynski! —exclamó Mel.

—¿Lo conoce usted? —inquirió Terry.

—Sí, es uno de los empleados de Charldane. ¿Está muerto?

Terry puso la mano en el pecho del individuo y meneó la cabeza

con gesto pesimista.

—Ya no nos dirá nada —murmuró, al cabo de unos segundos.

—El terreno es llano. ¿Cómo pudo chocar contra ese árbol? —se extrañó la muchacha.

—Lo vi yo desde mi avión. Él me divisó también y salió disparado hacia Wallamauga, supongo. Como me imaginé que era el autor de los incendios, quise obligarle a que se detuviera, con unas cuantas pasadas de avión a baja altura. En la última perdió el control de su coche y salió despedido.

—Pero no puede probar que fuese él quien encendió los fuegos —dijo Mel.

Terry examinó las botas del muerto.

—¿Por qué no me acompaña al Salt? —propuso—. Está solo a cuatro o cinco kilómetros.

—Conforme —accedió ella.

Minutos más tarde, descendían por segunda vez en pocos días al cauce seco. Terry observó casi de inmediato un detalle revelador.

—Fíjese, todas las maderas esparcidas por la explosión han sido lanzadas al fuego... Ah —exclamó de pronto—, aquí hay huellas de pies.

Una de las pisadas estaba marcada nítidamente en el suelo polvoriento. Terry puso su pie junto, a la huella.

—No es mío —dijo.

—Corresponde con una de las botas de Boczynski —se estremeció la joven.

—Es lo que supuse desde el primer momento. Así, cuando el sargento Murqueet llegase, ya no podría encontrar pruebas de la muerte de Randolph.

Terry había explicado ya a la joven todo lo ocurrido la víspera en Wallamauga. Mel se sintió extrañada de que Murqueet no hubiera hecho aún acto de presencia.

—Ese hombre no se tomó nunca en serio su cargo —dijo, furiosa—. Son casi las diez de la mañana y ya debería estar aquí desde el amanecer.

Terry no dijo nada. Prefería no expresar verbalmente lo que pensaba acerca del sargento Murqueet.

—Bien, ya tenemos suficiente —dijo—. Ahora podemos volvernos. No sé si conseguiremos algo, pero por lo menos sabemos

que hay gente a la que le interesa que la muerte de Randolph siga pareciendo un accidente.

—En cambio, la de Hanlod quedó probada como asesinato.

—Sí, aunque su asesino murió con mucha oportunidad.

—Demasiada —se quejó Mel—. Terry, ¿qué es lo que pasa en Wallamauga? ¿Por qué ocurren estas cosas?

—Tendríamos que preguntárselo a Charldane y me temo no nos daría las respuestas que deseamos.

Ella hizo un signo de aquiescencia. Momentos más tarde, volvían al coche.

—En medio de todo, me alegro de haberle visto —dijo Mel, una vez en marcha el *jeep*.

—Yo iba a visitarla a usted —sonrió Terry—. El encuentro se ha producido antes de lo esperado y en un lugar distinto.

—Yo me dirigía a Wallamauga. Hoy llega el avión con el correo y algo de carga. Espero unos paquetes y por eso salí de mi casa relativamente temprano.

Poco después, llegaban al lugar donde se había producido el accidente. Cuando el *jeep* se detenía, vieron a lo lejos una polvareda.

Momentos más tarde, un «Rover» se paró en aquel lugar. El sargento Murqueet se apeó pesadamente del vehículo.

—Ha habido un accidente, me imagino —dijo.

—Quizá se hubiese evitado si usted hubiera madrugado un poco más —le dijo Mel, con acento de reproche.

Murqueet se pasó una mano por la frente.

—No sé lo que me ocurre —dijo—. Me encuentro torpe. Debe de ser la cena; quizá me hizo daño anoche. Me he despertado muy tarde.

Terry y la muchacha cambiaron una mirada.

Ambos, sin necesidad de decírselo con palabras, pensaban lo mismo.

¿Era Murqueet sincero o sólo trataba de ocultar con una excusa banal sus pocos deseos de llegar al fondo de la cuestión?

—Como sea, sargento, ya no encontrará pruebas de que la muerte de Randolph fuese intencionada —dijo Terry, hoscamente—. En fin, ahí tiene algo en que entretenerse —señaló al cadáver de Boczynski.

Murqueet se separó de la pareja, para acercarse al muerto. Mel, en voz baja, se dirigió al joven:

—¿Por qué no le ha dicho que Boczynski fue el autor de los incendios? —quiso saber.

—¿Para qué? —respondió él—. Nuestras huellas también están en el cauce del Salt. Usted y yo lo sabemos con certeza, pero ¿quién más podría afirmarlo? Nos guste o no, tenemos que dejar las cosas como están.

Mel se estremeció.

—Sí, creo que tiene razón —murmuró—. Pero eso hace que me pregunte: ¿Habrán más asesinatos en Wallamauga?

—No soy yo el que tiene la respuesta para esa pregunta —dijo Terry, sombríamente.

El sargento Murqueet se marchó aquella misma tarde. Desde la puerta del hotel, Kate presenció el despegue del avión en que viajaba el sargento.

—Y todo seguirá igual —dijo despectivamente, cuando el aparato se hubo perdido de vista.

—¿Tú crees? —preguntó Terry, sentado en la veranda, a pocos pasos de distancia.

—¿Es que no eres capaz de verlo por ti mismo?

—Kate, ¿qué sabes del oro?

Ella se volvió y le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Por qué cambias de tema? —inquirió.

—Curiosidad, simple curiosidad —sonrió él.

—Algunos dicen haber encontrado oro, pero nadie lo ha enseñado. A mí me parece que es un cuento para obtener crédito del almacén de Charldane.

—Querida, Charldane no es tipo que preste a la gente sin una garantía razonable de recuperar su dinero, más los intereses, claro está. Al menos, yo no iría a decirle: «He encontrado oro, présteme mil dólares». Le llevaría el oro y entonces sí podría pedirle el dinero, ¿no te parece?

—¿Y si se lo llevan en secreto?

—Es posible, pero entonces surge la duda: ¿A cómo paga Charldane el oro?

—No te entiendo, Terry —dijo Kate.

—Es bien sencillo: dar dinero a cambio de oro no es rentable si

no se gana algo. El que se encuentra el oro, siempre ganará algo, puesto que el oro no le ha costado más que un poco de trabajo. Pero a Charldane no le resultaría rentable pagar el oro a su cotización oficial, esto es, treinta y ocho dólares USA, la onza de metal fino.

—Oh, ¿y por qué no vas y se lo preguntas a él mismo? —exclamó ella, furiosa.

—Algo parecido le dije a otra persona. ¿O me lo dijo ella a mí? —contestó Terry, sonriendo.

—¿Ella? ¿Una mujer?

—Mel Oppaly.

Los ojos de Kate se oscurecieron.

—Es una chica muy guapa —calificó.

—No tanto como tú —dijo Terry.

Ella suspiró hondamente.

—Me fastidian las adulaciones —rezongó. Y girando sobre sus talones, volvió a meterse en el hotel, mientras Terry sonreía suavemente.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Había aspirado un par de bocanadas, cuando vio a un hombre que se le acercaba.

Sylvannus Charldane se sentó en una butaca próxima y estiró las piernas, con gesto de aparente cansancio.

—¿Qué tal lo pasa por Wallamauga, Powheen? —preguntó.

—Hasta ahora, no puedo quejarme, Charldane. De momento, me entrego al descanso; más adelante, vendrá la época del trabajo duro.

—Mucho tendrá que trabajar, en efecto. La zona Oeste del Hogagong es terriblemente árida.

—Oh, es que yo pienso cavar algunos pozos. No me faltará agua, créame.

—Otros lo intentaron antes que usted y fracasaron.

Terry volvió un poco la cabeza y miró maliciosamente a su interlocutor.

—Es que hay muchas formas de cavar un pozo —dijo.

—¿Conoce usted alguna especial? —preguntó Charldane.

—¿Estaría aquí si no fuese así?

Charldane se inclinó hacia el joven con gesto en apariencia confanzudo.

—Powheen, hablemos claro —dijo—. ¿Cuánto?

Terry alzó las cejas.

—¿Cuánto qué? —contestó.

—Hombre, me refiero a los terrenos que compró junto al Hogagong.

—Ah, era eso. Creí que iba a comprarme a mí.

La cara de Charldane se puso roja.

—¿Por quién me ha tomado? —contestó, indignado.

—No sé, fue algo que se me ocurrió... digamos de forma maquinal. Pero si no quiere comprarme a mí...

—Está diciendo tonterías —farfulló Charldane, evidentemente muy nervioso—. Hablamos de sus tierras... Conteste de una vez, hombre.

—¿Es que ya no se acuerda de la respuesta que le di el primer día que llegué a Wallamauga?

Hubo un instante de silencio. Luego, Charldane, hablando con deliberada lentitud, dijo:

—Powheen, usted y yo, juntos, podríamos hacer aquí grandes cosas. Pero si nos enfrentamos, no seré yo quien salga perdiendo. Trate de entender esto y obre en consecuencia.

—Vamos, usted viene a decirme que es muy poderoso y que no me conviene estar frente a usted —sonrió el joven.

—Exactamente... —corroboró Charldane, con frío acento.

—¡Pero si yo no quiero estar frente a usted! Ni a su lado, ni a un costado, ni... Yo sólo quiero vivir en paz, con usted y con todo el mundo, pero independiente. ¿Comprende ahora mis intenciones?

—Hay independencias que no me convienen en absoluto y que no tolero tan fácilmente —dijo Charldane.

—En cambio, yo estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para conservar mi independencia. Métase esto en la cabeza de una vez y se evitará, probablemente, más de un disgusto.

Charldane se puso en pie con gesto brusco.

—Creo que ya hemos hablado bastante —declaró.

—Sí —respondió Terry, con indiferencia.

Charldane permaneció todavía unos segundos en pie, mirando al joven fijamente, como si quisiera decirle algo. Luego, de pronto, giró sobre sus talones y abandonó la veranda con paso muy vivo.

Terry frunció el ceño. Los proyectos de Charldane le desagradaban sobremanera, porque, ahora ya lo veía claro, entraban francamente en colisión con sus planes.

Y si uno y otro seguían adelante, como todo parecía indicarlo, llegaría el inevitable momento en que se produjese el choque frontal.

CAPÍTULO VIII

Desde el avión, con el que volaba a baja altura y a velocidad mínima, Terry pudo ver a Mel y a un hombre trabajando en lo que parecía un amontonamiento de tierra y piedras. Mel conoció la matrícula del aparato y agitó la mano, en señal de saludo, a lo que él correspondió con un gesto análogo.

Los lugares llanos abundaban. Momentos más tarde, Terry se detenía a doscientos metros del punto donde estaba la muchacha.

Mel caminó hacia el avión. Terry lanzó un grito:

—Dígale a su empleado que venga a ayudarme, por favor. Ella asintió. El hombre corrió hacia el avión.

—Es Kobin Lasky —presentó Mel.

—Polaco emigrado, supongo, como Boczynski —sonrió Terry.

—Con una diferencia sustancial, señor Powheen —manifestó el empleado—. Yo soy una persona honrada, cosa que no se puede decir de mi difunto compatriota.

—No quise ofenderle, Kobin —se disculpó el joven—. ¿Quiere tomar esta caja, por favor?

—¿Qué trae ahí? —preguntó Mel, intrigada.

—Algo que puede ayudarla en sus problemas —contestó Terry.

La caja que había traído en el departamento de equipajes era grande y bastante pesada. Terry sacó, además, una mochila, que se cargó a la espalda. Luego agarró una de las dos asas de la caja.

Lasky llevaba la otra. El pequeño grupo se separó unos trescientos metros del avión.

—Usted está desescombrando el pozo que le cegó Spottle —dijo mientras caminaban.

—Sí, pero mucho me temo que haya quedado cegado definitivamente —respondió ella, desanimada—. No salía mucha agua y...

—Todo es cuestión de paciencia y de buscar el sitio adecuado

para perforar.

—¿Cómo? ¿Trata de darme a entender que piensa perforar un pozo en mis tierras? —se sorprendió Mel.

—No tanto, no tanto —rió Terry—. Yo puedo indicarle el lugar donde conviene hacer la perforación y la profundidad muy aproximada. Los trabajos, naturalmente, le corresponderían a usted.

—Me bastaría con tener la certeza del punto en que se puede perforar con posibilidades de éxito. Del resto, en efecto, me encargaría yo.

—Bien, entonces vamos a ver si empezamos ya. Alto, por favor, Kobin.

La caja quedó en el suelo. Terry se descolgó la mochila y empezó a trabajar en el acto.

Mel y el peón le contemplaban expectantemente. Incluso, en ocasiones, Lasky le ayudaba, siguiendo las indicaciones del joven.

Una hora más tarde, habían hecho media docena de agujeros en otros tantos puntos, formando una especie de círculo de unos cien metros de diámetro. En cada agujero había una pequeña carga explosivo, enterrada a cosa de un metro de profundidad.

A continuación, Terry sacó de la caja grande otra más pequeña, de color negro, cuya tapa levantó. Trabajó durante un cuarto de hora más, y al fin declaró que todo estaba listo.

—Sospecho que estoy delante de un sismógrafo —dijo la muchacha.

—Más o menos, así se podría llamar —sonrió Terry—. Es un aparato sumamente sensible y detecta con gran seguridad la existencia de una vena de agua, así como su ubicación y profundidad.

—¿De dónde lo ha sacado usted? —preguntó Mel, admirada.

—Se lo compré a un geólogo amigo —respondió él, evasivamente.

Las cargas explosivas tenían ya los cables correspondientes. Terry unió los dos primeros a la caja detonadora y la hizo funcionar.

Un chorro de polvo y humo subió a las alturas. Terry tenía los ojos fijos en los indicadores del detector de ondas sísmicas, en el que había un tambor giratorio, con una aguja que marcaba las diferencias de propagación de los movimientos ondulatorios en el

terreno.

—Número uno, fracaso —dijo a poco.

Conectó la segunda carga. También fracasó.

La tercera y cuarta cargas explotaron inútilmente.

—Temo que ha perdido el tiempo, aunque le agradezco con toda sinceridad sus deseos de ayudarme —manifestó la chica.

—No se preocupe. Si ahora no encontramos nada, seguiremos buscando otro día.

Sonó la quinta explosión. De súbito, Terry lanzó un grito de triunfo.

—¡Kobin, marque el lugar donde se ha producido el estallido!

¡Hay agua a menos de cincuenta metros de profundidad!

Mel casi se echó a llorar de alegría.

—¿Por qué se marcha tan pronto? —preguntó Mel.

—Mujer, ya he terminado aquí —dijo Terry—. He de volver a Wallamauga y...

—Mi casa está solo a diez minutos en coche. Me agradecería invitarle a una taza de té y a un pastel. Además, conocería usted a mi madre. Ella, también tiene ganas de conocerle a usted.

—Otro día, Mel —sonrió el joven—. De todas formas, muchas gracias.

—Como quiera —se rindió ella—. No sé cómo expresarle mi gratitud...

—Usted está en conflicto con Charldane, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Por qué? ¿Hay algún motivo especial?

—En todo caso, lo sabe él. A mí no me lo ha dicho siquiera.

—¿Cómo? ¿Es que no le ha hecho oferta de compra de sus tierras?

—No, en absoluto. Sólo me voló el pozo... bueno, yo supongo que el que lo hizo, Spottle, actuaba por orden de Charldane. Pero, como de costumbre, no puedo probarlo, aunque ese tipo busca algo aquí, es de suponer.

—Sí, resulta difícil probarle nada a ese zorro. De todas formas, usted puede conseguir agua en abundancia para sus tierras. Volveré pasado mañana con el equipo de detección. Mañana no puedo; espero a mi avión de carga, con los materiales y pertrechos.

—Quizá esto le retrase sus planes. No me gustaría que por mí...

—Mel, lo suyo es más urgente. Usted dispone ahora de un solo pozo y no con demasiada agua, creo.

—Así es, en efecto. Las reses padecen bastante por la sed. Y ni siquiera se sabe cuándo va a llover. Los partes meteorológicos anuncian buen tiempo indefinido.

—No se preocupe; en mi avión viene un equipo de perforación. Se lo prestaré, al menos, para su primer pozo. Yo no tengo reses aún y puedo esperar algún tiempo.

Los ojos de la chica se humedecieron.

—Terry, no sé cómo pagarle...

—Bah, no se preocupe. Entre vecinos, es corriente hacerse favores mutuamente, ¿no es así?

—¡Pero nosotros no somos aún vecinos!

—¿Es que no vamos a serlo?

Mel lanzó una fresca y alegre carcajada.

—Tiene usted respuesta para todo. Gracias una vez más, Terry —dijo.

Estaban hablando junto al avión. Terry estrechó la mano de la joven y trepó a la cabina.

—Nos veremos pronto, Mel —gritó, como despedida.

Ella agitó una mano en señal de saludo. Lasky hizo lo mismo con el sombrero. Terry sonrió y cerró la cúpula.

Instantes después, el avión corría por la llanura. Se elevó graciosamente, y después de una vuelta sobre el lugar, tomó el rumbo de Wallamauga.

—Parece que vienes muy contento, Terry.

Powheen se detuvo y miró de hito en hito a Elsa, su antigua novia y ahora convertida en la señora Charldane. Elsa acababa de salir del barracón donde se alojaba el encargado del aeródromo.

—No vengo disgustado, si es a eso a lo que te refieres —contestó.

—Aquí, en Wallamauga, no tenemos muchos motivos de distracción. A veces nos entretenemos despellejando al vecino y más si es un recién llegado, como tú.

—¿He merecido yo la atención de las gentes de Wallamauga?

—Bueno, se habla aquí y allá... Quiero decir que se comentan mucho tus encuentros con Melissa Oppaly.

—Ah, era eso —sonrió Terry—. Llegué a creer que sería alguna

cosa peor. Pero no es nada malo que yo vaya a visitar a Mel de cuando en cuando, ¿verdad?

—En absoluto. Oye, ya la llamas por el diminutivo y todo — exclamó Elsa, sarcásticamente.

—Me lo pidió ella el primer día. Pero parece como si te molestase que fuese a verla de cuando en cuando.

—No me molesta, querido. Simplemente, me he limitado a señalarte determinada situación. Bien mirado, se trata de una chica bastante mona y sin novio a la vista.

—Y si consideramos, además, que yo soy soltero y sin compromiso, los temas de conversación se multiplican todavía más, ¿no es así?

—Si he de serte sincera, así es. Pero también me gustaría hacerte una advertencia.

—Habla; te escucho, Elsa.

—Quizá ella no te lo haya dicho aún. Es lógico, si se tiene en cuenta que todavía le falta la confianza suficiente. Pero corre peligro de perder sus tierras.

Terry se puso serio de repente.

—¿Por qué? Ella no lo ha mencionado nunca —dijo.

—Oh, creo que tiene bastantes deudas. De todas formas, no me hagas mucho caso; el dinero no es cosa que haya sido mi fuerte.

—Salvo para gastarlo, claro está.

Elsa se echó a reír.

—¿Qué mujer no sabe gastar el dinero? —contestó.

—Evidentemente. Pero ¿me permites que te dé una noticia?

—Sí, adelante, Terry.

—Imagino que si Mel tiene deudas debe de ser por dificultades de su ganado. Hay poca agua en las tierras y ahora menos todavía, después de que el otro día, un tipo llamado Spottle, quien precisamente y por rara casualidad trabaja para tu marido, le voló uno de sus pozos.

—Esa chica ve visiones. Spottle no haría una cosa semejante. Es un hombre honrado, Terry.

—Sobre eso hay opiniones y todas no coinciden, Elsa — manifestó él—. Pero Spottle no es el tema principal de nuestra conversación.

—No, no lo es. Y por cierto, antes dijiste que tenías que darme

una noticia interesante.

—Es verdad, casi lo había olvidado. Ahora vengo de la hacienda de Mel. Le he encontrado una vena de agua y pasado mañana, cuando llegue mi equipo de perforación, se lo prestaré, para que pueda disponer de un nuevo pozo, cuando menos.

La joven se quedó con la boca abierta. Aprovechando su estupefacción, Terry se llevó dos dedos al ala de su sombrero.

—Ha sido un placer, Elsa —dijo.

Y siguió su camino, mientras ella, aturdida y desconcertada, se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO IX

Con el vaso en la mano, mientras Kate se cepillaba el pelo, como todas las noches, Terry se acercó a la ventana de la habitación y miró a través de las tinieblas.

—Kate, ¿por qué murió Hanlod?

La mujer se encogió de hombros.

—Ya sabes quién te podría sacar de dudas, pero no lo hará —contestó.

Desde la ventana, se divisaba la mancha de la explanada, que concluía cien metros más allá, en aquella brusca cortadura, de veinte o más metros de altura, en cuyas proximidades se había edificado Wallamauga. Era una enorme falla natural, de casi tres kilómetros de longitud, de la que algunos geólogos opinaban que en tiempos había sido el borde de algún colosal lago, desecado en la noche de los tiempos. Olvidarse de la existencia de la cortadura había costado la vida más de uno.

—Entre ellos, a tu marido —murmuró.

—¿Qué dices de mi esposo? —saltó Kate.

—Nada, hablaba conmigo mismo. Dispénsame, si te he molestado.

Los ojos de Kate siguieron la dirección de la mirada del joven. Inmediatamente adivinó sus pensamientos.

—Orwald estaba borracho perdido cuando se cayó por ahí —dijo, con los labios muy prietos.

—Como Hanlod.

—Sí, exactamente. Sólo que a Hanlod lo empujaron, cosa que tú sabes mejor que nadie, y Orwald se cayó solo.

—Creo que no debí haberlo mencionado, Kate. Pero estaba pensando en Hanlod, y por asociación de ideas...

—Comprendo —sonrió ella—. No hagas caso, tú no eres de los que se caen estúpidamente por la cortadura.

—Hablemos de otra cosa, Kate. ¿Qué sabes de las deudas de Mel Oppaly?

—Nada, es la primera noticia que tengo sobre el particular. ¿Quién te lo ha dicho?

—Elsa Charldane. Parecía sentirse molesta de que vaya a visitarla.

Kate soltó una risita maliciosa.

—Elsa no ha podido olvidarte todavía —exclamó—. ¿Qué le has dicho tú?

—He correspondido con otra noticia. Mel tendrá agua dentro de muy pocos días.

—¿Cómo dices?

—He encontrado en sus tierras una vena de líquido. Mañana llega un avión carguero con todos mis pertrechos y le prestaré el material de perforación.

Kate lanzó un prolongado silbido.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo—. Charldane se va a tirar de los pelos cuando conozca la noticia.

—A estas horas, puede que ya esté calvo —rió él, a la vez que se inclinaba para besarla—. Buenas noches, preciosa.

—¿Qué, no te quedas un poco más? —se asombró Kate.

—Querida, mañana tengo que madrugar —se excusó Terry, mientras se dirigía hacia la puerta. De pronto, se detuvo y se volvió hacia ella—. Por cierto, hay algo que quería preguntarte y que había llegado a olvidar casi por completo.

—Sí, dime.

—El sargento Murqueet dijo que iría temprano para investigar en el puente de Salt Creek y en la hacienda de Randolph. Pero no madrugó demasiado. Diríase que lo hizo a propósito... ¿O es que hubo algo que hizo que se le pegaran las sábanas, para que así Boczynski tuviese tiempo de ensayar sus artes de incendiario?

Kate sonrió maliciosamente.

—La camarera encontró una botella vacía en su habitación —respondió.

—Puede que eso lo explique todo —dijo Terry, sobriamente.

El avión, un

DC-3

acondicionado como carguero, dio una vuelta sobre el campo y luego enfiló la pista, siguiendo las indicaciones que le hacían desde tierra. Había ya unos cuantos curiosos en las inmediaciones del barracón que Grunner, pomposamente, denominaba torre de control.

Terry se adelantó, cuando vio a lo lejos que el avión se acercaba al suelo. El piloto era conocido suyo y, además, en el aparato venía un amigo que le ayudaría durante las primeras semanas en sus trabajos.

Las ruedas del bimotor tocaron la tierra y levantaron una enorme polvareda. Terry se sentía sumamente satisfecho; ahora, el avión haría varios viajes seguidos, portador de los pertrechos necesarios, entre los que se incluiría un «Rover» pesado. Antes de un mes, estaría en plena actividad en sus tierras.

De repente, se oyó un fuerte estallido.

El avión se inclinó súbitamente a un lado. La punta del ala tocó la tierra.

Desesperadamente, el piloto trató de corregir la inclinación con los alerones, pero la velocidad, si resultaba excesiva para rodar sobre la tierra, era, en cambio, muy escasa, para que los alerones pudieran recibir el influjo del viento. El aparato giró violentamente sobre sí mismo y el morro se hundió en el suelo con tremendo estrépito.

Sonaron algunos gritos de alarma. Terry echó a correr hacia el avión, cuya cola estaba ahora más levantada que la proa. En medio de la nube de polvo que lo invadía todo, vio brillar una llamarada anaranjada.

Cuatro hombres escaparon por la escotilla de emergencia del avión, huyendo como conejos asustados. Apenas habían dado una cincuentena de pasos, el fuego se propagó a los tanques de combustible con aterrador estrépito y el bimotor se convirtió en una enorme hoguera.

Terry se detuvo y crispó sus puños de rabia. Aquel estúpido accidente venía a producirse en el momento más crítico, se dijo.

Pero casi en el acto reaccionó y corrió hacia los supervivientes.

—¿Ha quedado alguien dentro del avión? —gritó.

—No, hemos escapado todos —contestó uno.

Era Mark Thilland, el que iba a ser su ayudante. El piloto,

también conocido suyo, se le acercó, vomitando imprecaciones, lo mismo que el copiloto y el radiotelegrafista.

—Pero ¿qué clase de infecto campo es éste? —bramó el piloto—. Terry Powheen, ¿a qué infierno nos has hecho venir?

—Lo siento, Denis —se disculpó el joven—. Sólo puedo decirte que yo he perdido mucho, pero que, de todos modos, lo importante es que hayáis salvado la vida.

—La rueda derecha explotó como una bomba —dijo Denis Traw, el piloto—. Algún pedrusco afilado...

—Probablemente —convino el joven—. Mark, lo mejor será que te los llesves al bar del hotel. Allí os servirán de desayunar. Luego pueden volver todos en mi avión a Jibalong. Tú ya vendrás a buscarme esta misma tarde.

—De acuerdo, Terry.

Los cuatro hombres, que en medio de todo celebraban haber salido ilesos de la catástrofe, se dirigieron hacia el hotel. Terry permaneció allí todavía unos momentos, contemplando con ceño sombrío el incendio que consumía el avión y su carga.

Al cabo de un rato, giró sobre sus talones y echó a andar. Apenas había entrado en el hotel, la camarera salió a su encuentro.

—Señor Powheen, la señora quiere que suba inmediatamente a su habitación —dijo.

Terry miró a la mujer con sorpresa. De pronto, corrió hacia la escalera, cuyos peldaños salvó de dos en dos.

Llamó a la puerta. Kate, desde el interior, gritó:

—¡Pasa, Terry!

La dueña del hotel estaba en bata, con unos prismáticos en la mano, junto a la ventana que daba a la parte delantera.

—Ven, acércate —dijo.

Terry obedeció. Ella le pasó los prismáticos.

—Mira, allí, a unos ciento cincuenta metros más allá del lugar donde están ardiendo los restos de tu avión —indicó.

Terry levantó los prismáticos. En el punto indicado había un hombre que recorría la pista en sentido transversal, con un bastón en la mano. De vez en cuando, se agachaba y recogía algo, que guardaba en uno de los amplios bolsillos de su chaqueta de estilo cazador.

—¿Quién es? ¿Le conoces tú, Kate?

—Se llama Chet Mallomy y trabaja para Charldane. Esta mañana, cuando me levanté, salí a la ventana a respirar un poco de aire fresco —explicó Kate—. Mallomy ya estaba allí, haciendo algo parecido a lo que está haciendo ahora. No sé de qué se trata, pero no me gusta en absoluto. Parece como si estuviese recogiendo algo que no quiere que nadie encuentre más tarde, ¿verdad?

Terry prosiguió todavía unos minutos la observación. Mallomy llevaba en la mano un palo largo con un objeto de metal, que paseaba con movimientos circulares, rastreando el suelo. De vez en cuando, levantaba el palo y cogía algo con la otra mano, guardando el objeto encontrado en uno de sus bolsillos.

—Creo que ya sé lo que está haciendo —dijo al cabo.

Devolvió los prismáticos a su dueña.

—Gracias por haberme llamado, Kate —añadió—. De no haber sido por tu aviso, hubiera seguido pensando en la teoría del accidente.

—Entonces, no lo ha sido.

Terry hizo un gesto negativo.

—Todo lo contrario: la destrucción del carguero ha sido algo completamente premeditado —respondió.

Thilland y sus compañeros estaban sentados alrededor de una mesa en el bar. Desayunaban, y a la vez contestaban a las preguntas de algunos de los curiosos.

Antes de pasar al bar, Terry se asomó a la puerta del hotel. Vio a Mallomy que se dirigía hacia allí y sonrió satisfecho.

Mallomy venía ahora con las manos en los bolsillos de los pantalones silbando alegremente.

—Tiene cara de no haber roto un plato en su vida —murmuró Terry, cuando estuvo seguro de la ruta que tomaba el sujeto.

Pasó al bar. Spottle y dos o tres tipos más tomaban café en la barra.

Mallomy entró en el local. Terry se acercó a la mesa ocupada por sus amigos y les preguntó si todo iba bien.

—Habiendo salvado el pellejo, no nos podemos quejar —respondió Thilland.

—Lo sentimos por ti, Terry —manifestó el piloto.

—No te preocupes, Denis. La carga estaba asegurada. Lo único que me pasará es que sufriré un poco de retraso en mis proyectos,

eso es todo.

De pronto se inclinó hacia Thilland y le dijo algo al oído. El individuo le miró con sorpresa, pero acabó por asentir.

—Sigan desayunando —exclamó Terry, con acento voluble—. Yo voy a tomarme una taza de café.

Se acercó al mostrador, situándose en las proximidades de Mallomy y los otros individuos. Pidió un café y cuando estaba a mitad, Thilland alzó la voz para hacerle una pregunta:

—Terry, ¿no correremos riesgo de que nos pase lo mismo con tu avión cuando vayamos a despegar para el viaje de vuelta?

—Oh, no, no lo creo. Es de suponer que el señor Mallomy, aquí presente, haya dejado limpia de clavos y tachuelas la pista de despegue —contestó el joven.

CAPÍTULO X

Chet Mallomy frunció el ceño al oír aquellas palabras.

—Oiga, Powheen, no sé por qué diablos tiene que decir de mí una cosa que es completamente falsa —rezongó de mal talante.

Terry sonrió.

—¿De veras cree que he mentido? —dijo—. Si es así, no tendrá inconveniente en dejar que examine los bolsillos de su chaqueta.

Mallomy palideció. Los bolsillos de su chaqueta, de tejido liviano, presentaban unos abultamientos harto sospechosos.

—Usted, esta mañana —siguió Terry— estuvo sembrando de puntas y de tachuelas la pista, en sentido transversal, y en la zona por donde, aproximadamente, debía rodar mi avión de carga al aterrizar. Luego, con la ayuda de un imán sujeto a un palo, recogió todos los clavos, a fin de borrar las huellas de su acción y hacer creer a todo el mundo que la destrucción del carguero se debía al simple estallido de uno de los neumáticos. Pero no ha sido así; lo que ha hecho usted es, simplemente, un crimen.

Traw, el piloto, saltó de su asiento convertido en una furia.

—¡Rayos! —juró—. ¿Eso es lo que ha hecho ese miserable?

Terry extendió una mano.

—Quieto ahí, Denis —dijo—. Éste es un asunto que he de resolver yo a mi manera.

Y avanzó hacia Mallomy, quien parecía helado de terror.

—Saque lo que tiene en los bolsillos —ordenó.

De súbito, Mallomy metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo una pistola.

—Si me toca, le pegaré un tiro —gritó descompuestamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Thilland agarró una silla y la arrojó resbalando contra las piernas del sujeto.

Mallomy se tambaleó ligeramente al recibir el impacto, pero no cayó. Sin embargo, el golpe fue suficiente para distraer su atención

un instante.

Terry aprovechó la ocasión y se arrojó sobre él, agarrándole por la muñeca armada, con intención de desarmarle. Pero Mallomy resultó ser un sujeto más fuerte de lo que había estimado.

Durante unos segundos, los dos hombres se debatieron ferozmente, luchando por la posesión del arma. De pronto, en uno de los forcejeos, se oyó un estampido.

Alguien lanzó un aullido de dolor y se desplomó al suelo. Mallomy levantó la rodilla izquierda y golpeó brutalmente la ingle de Terry.

El joven soltó a su adversario, quien saltó hacia atrás, sin dejar de mover el arma a derecha e izquierda.

—¡Quietos todos! —bramó—. ¡Que nadie se mueva o morirá en el acto!

Un hombre se debatía en el suelo, gimiendo sordamente. Encorvado sobre sí mismo, con un brillo asesino en sus ojos, Mallomy retrocedió hasta ganar la puerta. Dio un salto y desapareció.

Con una mano todavía en la ingle, Terry se dirigió hacia la puerta.

—¡Cuidado, Terry! —advirtió Thilland—. Ese hombre es capaz de cualquier barbaridad.

En el exterior se oyó el rugido de un motor. Terry se asomó con grandes precauciones y vio que Mallomy escapaba en un *jeep*.

Casi en el mismo instante, divisó otro *jeep* que llegaba, ocupado por tres personas. El conductor era Mel Oppaly.

Terry saltó fuera de la veranda. Mel le vio y gritó:

—¡Hola, Terry! Venimos para ayudarle en la descarga del avión. El joven no la dejó seguir hablando.

—¡Rápido, déjeme su coche! —pidió—. Lo necesito con urgencia.

Mel le miró extrañada, pero accedió. Lasky y el otro peón se aparearon en el acto.

Thilland llegaba en aquel momento. Terry le arrojó una llave.

—Toma mi avión y sigue por el aire a ese sujeto —ordenó—. No le pierdas de vista, Mark.

—De acuerdo, Terry.

El joven se sentó tras el volante y arrancó a toda velocidad,

siguiendo la dirección que había tomado Mallomy en su fuga. «Tendrá algún escondite», se dijo.

Aceleró, pisando el pedal de gas a fondo. De repente, creyó que soñaba:

—Terry, ¿es que no puede decirme lo que ha ocurrido? —Sonó la voz de Mel en el asiento posterior.

Terry volvió la cabeza un instante.

—Pero ¿se ha vuelto loca? Ese hombre que va ahí delante está dispuesto a todo.

Mel blandió un rifle automático.

—Nosotros no estamos desarmados —sonrió—. En los últimos tiempos, he pensado que empieza a ser conveniente no estar desprevénida en ningún momento.

—El avión carguero se accidentó y ha quedado destruido con toda la carga —dijo Terry, con las mandíbulas prietas—. Kate me indicó ciertas actividades sospechosas de Mallomy y resultó estar en lo cierto.

—Bien, pero ¿qué hizo Mallomy?

—Colocó puntas y tachuelas, naturalmente, de gran tamaño, en la pista. Así, cuando el carguero aterrizó, reventó una de las ruedas y se incendió, después de haber capotado. Por fortuna, todos sus ocupantes pudieron escapar.

—¡Eso es obra de Charldane! —exclamó Mel, impulsivamente.

—Estamos ante el problema de costumbre. ¿Quién lo prueba?

Mel guardó silencio. Terry tenía la vista fija ante la llanura que se extendía por todas partes, y, de pronto, divisó a lo lejos una nubecilla de polvo.

—Ahí va —dijo.

—Deje que conduzca yo —pidió Mel—. Usted podrá manejar el rifle, si es necesario.

—Espere a que estemos más cerca de ese individuo.

Rodaron durante diez o doce kilómetros más. Las distancias se mantenían inalterables.

De repente, una sombra pasó velozmente sobre ellos. Un segundo después, oyeron el rugido del avión.

Terry levantó la cabeza. A ciento cincuenta metros, Thillandladeó el aparato para saludarles con la mano.

El aparato se alejó velozmente, para volver a los pocos

momentos. Terry redujo la marcha del *jeep*.

Thilland pasó a unos cien metros de altura, a la mínima velocidad posible, e hizo señales de que le siguieran. Terry aceleró de nuevo.

A los pocos instantes, el avión se desvió oblicuamente hacia la derecha, señalándoles con toda claridad el rumbo que seguía el fugitivo. Terry se dio cuenta de que ya no se divisaba la polvareda levantada por el *jeep* de Mallomy.

Una vez más, Thilland pasó por encima de ellos e hizo un gesto inequívoco. Mallomy estaba ya a corta distancia.

—Probablemente escondido, agazapado en algún sitio, esperándonos para darnos un susto —dijo el joven.

CAPÍTULO XI

Thilland seguía dando vueltas por encima de ellos. El avión semejaba un gran pajarraco en espera de su presa.

De pronto, Terry paró el coche y saltó al suelo.

—Deme el rifle y no se mueva de aquí, Mel —ordenó.

—Pero...

—El *jeep* es suyo, pero usted ha venido como polizón a bordo —dijo él gráficamente, con lo que abatió las últimas resistencias de la muchacha.

El terreno, aunque seco y polvoriento, era abundante en vegetación de espinos y constituía una planicie irregular, con vaguadas y grietas propicias a la emboscada. Terry avanzó cautelosamente, deteniéndose a escuchar de cuando en cuando.

Por enésima vez, Thilland pasó a poca altura. Terry levantó la cabeza, lamentándose de no llevar un transmisor portátil. Thilland señaló con la mano ligeramente hacia delante, como dando a entender que Mallomy estaba a corta distancia.

De repente, se oyó un rugido atronador en las alturas.

Terry se detuvo y alzó la cabeza instintivamente. Picando a toda velocidad, un avión caía sobre el de Thilland.

El joven chilló instintivamente, aun sabiendo que su amigo no podría escucharle. Thilland, entretenido en vigilar a Mallomy, no se había dado cuenta de que era atacado desde lo alto.

Por un instante, pareció que los dos aparatos iban a colisionar. En el último momento, el atacante pasó a escasos metros del de Thilland. Sobre el ruido de los motores se escuchó el inconfundible tableteo de una ametralladora.

Terry se quedó con la boca abierta. Thilland se percató del peligro y dio un violento bandazo hacia su izquierda. Casi en el mismo instante, empezó a salir humo negro del motor.

Thilland se alejó a toda velocidad. Terry levantó el rifle, pero

bien pronto se dio cuenta de que no podría hacer nada contra el otro aeroplano.

Mel se le unió a la carrera, jadeante y llena de aprensiones.

—Nunca había visto nada semejante —declaró—. Pero ¿qué es lo que sucede aquí?

Terry miraba a lo lejos, hacia su avión, del que seguía saliendo humo negro. Era evidente que Thilland buscaba un lugar para aterrizar.

De pronto, Mel lanzó un grito:

—¡Mire, Terry!

Delante de ellos, en un claro de la masa espinosa que subía la llanura, estaba Mallomy, haciendo señas a los tripulantes del otro avión. Era indudable que pedía socorro, debido a que se hallaba en apurada situación.

«Probablemente tenía alguna avería en su *jeep*», pensó Terry. El segundo avión bajó con un ligero movimiento de alas, reduciendo gases. Mallomy agitaba los brazos frenéticamente.

De repente, se oyó una ráfaga de disparos.

Mallomy escuchó los estampidos y dio media vuelta, echando a correr desesperadamente. Del suelo, en torno a sus pies, se levantaban innumerables nubecillas de polvo.

Terry y la muchacha contemplaban la escena llenos de asombro. Súbitamente, Mallomy pegó un salto convulsivo y cayó de bruces.

El avión rugió al elevarse, a la vez que viraba ceñidamente. Terry adivinó lo que iba a suceder y tiró de la mano de la muchacha.

—¡Venga, Mel! —gritó.

Había un frondoso espino en las inmediaciones y se tendieron en el suelo, al amparo de su ramaje. El aeroplano pasó rugiendo. Su ametrallador disparó una ráfaga, pero las balas quedaron lejos.

Terry procuró fijarse en la matrícula del aparato, Investigaría cuando volviese a Wallamauga, se prometió.

El aparato atacante se alejó a toda velocidad. Terry se puso en pie.

—Creo que ha pasado el peligro —dijo.

Luego volvió la cabeza. Mallomy continuaba tendido en el suelo, sin hacer el menor movimiento.

—Vamos allá —propuso.

Momentos más tarde, llegaban junto al individuo. Mel se estremeció al ver su espalda llena de sangre.

Terry se arrodilló junto a Mallomy. Muy pronto supo que aquel sujeto ya no le proporcionaría la información deseada.

El *jeep* estaba en una vaguada cercana. Terry comprobó que tenía una rueda deshinchada.

—No le habiéríamos dado tiempo a cambiarla —murmuró.

—Lo han matado para que no hablase —dijo Mel.

—Exactamente. Y tal vez también como castigo por no haber sabido actuar con la debida discreción.

—¿Qué quiere decir, Terry?

—Muy sencillo. Mallomy debió haber puesto las puntas en la pista antes de que se hiciera de día y nadie pudiera verle. Y luego esperar a que llegase la noche para recogerlas. De no haber sido visto, a nadie se le habría ocurrido pensar en que la destrucción del avión no se debía a un accidente.

—Creo que tiene usted razón —contestó ella—. Pero no podemos probar nada, desgraciadamente.

Terry hizo saltar en la palma de su mano una enorme tachuela de cuatro puntas.

—Lo único que podemos probar es que Mallomy provocó el accidente —dijo.

De pronto, Mel lanzó una exclamación.

—Oiga, Terry, ¿qué es esa especie de cohete?

El joven volvió la cabeza y sonrió.

—Mi amigo Mark Thilland ha conseguido aterrizar y nos está haciendo señales con las bengalas de socorro —explicó.

Volvieron al coche y se dirigieron al lugar donde se habían visto las señales. Thilland salió al encuentro de la pareja.

Después de los primeros saludos, informó:

—Tengo perforado el tubo del aceite. No podía siquiera volver a Wallamauga.

—Ven con nosotros —dijo Terry—. Ya nos procuraremos materiales para reparar la avería. Además, será preciso avisar al sargento Murqueet de lo que ha pasado.

—Sí, es cierto. Oye, Terry, ¿de quién era ese avión que me atacó?

—A mí también me gustaría saberlo, Mark —contestó el joven,

sombríamente.

Cuando llegaron a Wallamauga, se encontraron con una trágica noticia.

Denis Traw y el copiloto salieron a recibirles. El primero dijo:

—Bob Quimbus ha muerto. La bala que disparó aquel asesino lo mató casi instantáneamente.

Las facciones de Terry se contrajeron. Quimbus era el operador de radio del avión carguero.

—Era tan joven... —se lamentó Traw—. Apenas había cumplido los veinte años; estaba lleno de ilusiones y...

—Alguien tendrá que pagar un día por esta canallada —se propuso Terry, lleno en su interior de furia hacia el autor de todos aquellos crímenes.

El avión fue reparado y Traw y los demás emprendieron el regreso a Jibalong, con objeto de alistar otro carguero. Llegó el sargento Murqueet, investigó, prometió redactar un informe de lo ocurrido y se dispuso a marcharse.

Terry le aguardaba junto a su avión. Murqueet llegó acompañado de Charldane.

—Quiero hablar con usted, sargento —manifestó el joven.

—Adelante, le escucho —accedió Murqueet, con acento lleno de benevolencia.

—A solas —puntualizó Terry, con los ojos fijos en Charldane.

—¿Es muy importante lo que tiene que decirme?

Terry guardó silencio. Charldane acabó por encogerse de hombros.

—Está bien, no tengo interés por escuchar algo que no me concierne —manifestó desabridamente.

Y se alejó a una docena de pasos, dejando a los otros dos solos, tal como deseaba Terry.

—Muy bien, señor Powheen, ahora puede hablar —invitó Murqueet.

—Se trata de los sucesos que han ocurrido en Wallamauga estas dos últimas semanas. ¿Qué ha sacado usted en limpio?

—Le diré a usted lo mismo que pienso poner en mi informe: se debe a persona o personas desconocidas. No puedo hacer más, ¿qué quiere usted? Los criminales son gente muy lista.

—En eso estoy de acuerdo con usted, y no le exijo nada superior

a sus fuerzas. Pero sí puedo pedirle que cumpla con su deber, por lo menos.

Murqueet se sintió ofendido.

—¿Trata de decirme que no sé cumplir con mi obligación? —exclamó.

—Hace días se encontró en su habitación una botella vacía. El alcohol le hizo dormirse la mañana en que debía haber ido al puente del Salt Creek y a la propiedad de Randolph. Si no se hubiera emborrachado asquerosamente, habría llegado a tiempo de encontrar las pruebas de que Randolph murió asesinado. Eso es todo lo que quería decirle, sargento.

Murqueet se quedó lívido. Terry le dirigió una mirada de desprecio y se separó de él, sin añadir ya una sola sílaba de excusa.

Charldane le cerró el paso.

—¿Era muy importante lo que tenía que decirle al sargento? —inquirió.

—Hable con él. Quizá se lo diga, si es que ha recobrado el uso de la palabra.

Los ojos de Charldane chispeaban de furia.

—Powheen, usted eligió mal el momento para venir a instalarse en la comarca —dijo.

—He venido en el momento que me pareció conveniente a mí, sin necesidad de consultarlo con usted o con otra persona cualquiera. Y las tierras que compré seguirán siendo mías, le guste o no le guste, Charldane.

—Poseo medios para echarlo de aquí, si se me antoja.

Terry se echó a reír.

—Inténtelo —desafió a su oponente—. Aunque, a decir verdad, lo ha intentado ya, pero no parece que haya tenido mucho éxito hasta ahora. ¿Verdad?

La cara de Charldane era una representación de todos los colores del arco iris. Terry volvió a reír, pasó por delante del individuo y se alejó en dirección al hotel.

Kate le salió al encuentro.

—He recibido un mensaje para ti —anunció—. Es de Mel y quiere que vayas el domingo a su casa.

—Ya era hora que recibiese noticias agradables —sonrió él.

—Esa chica te gusta, ¿no es cierto, Terry?

—Es bonita y muy simpática, Kate.

—Y más joven que yo —suspiró ella.

—Tú no eres una vieja, en modo alguno. Además, creo haberte dado pruebas de que también me gustas.

—Pero ganará ella —dijo Kate, melancólicamente—. Está bien, no te lo puedo reprochar.

—Eh, eh, cualquiera diría que Mel y yo nos vamos a casar mañana mismo. Entre nosotros no hay más que una buena amistad, créeme.

—Pronto habrá algo más profundo —vaticinó ella.

Terry carraspeó. Quiso decir algo, pero sabía que las palabras sobraban en aquellos momentos. Entró en el hotel y se dirigió a su habitación, deseoso de quitarse el calor con una buena ducha.

El enorme canguro llegó dando saltos y se detuvo frente a Terry, con las patas delanteras juntas. Terry retrocedió un paso; aquel animal era tan alto como él y podía derribarle fácilmente de un solo golpe.

Mel se echó a reír.

—No le tema —dijo—. «Quitty» es como un perrillo faldero. Me sigue a todas partes, dentro de la propiciad, pero atacaría ferozmente a cualquiera que intentase hacerme daño, si yo se lo ordenase.

—Asombroso —calificó Terry—. ¿Es usted domadora de canguros?

—Por lo menos, de «Quitty» —respondió ella—. Lo encontré vivo, con pocas semanas de existencia, pero su madre estaba muerta. Tuve que hacerle una bolsa de pieles y allí lo crié con biberón. La bolsa de pieles sustituyó a la marsupia materna.

—Una hazaña notable, teniendo en cuenta las características de una cría de canguro.

—Sí, resultó bastante difícil, porque la cría está permanentemente agarrada a la única ubre materna. Yo tuve que solucionar ese problema con un biberón perforado también por detrás y conectado a una especie de depósito, del que fluía la leche de un modo continuo. Hubo momentos en que creí ver muerto a «Quitty», pero el ansia de sobrevivir es muy fuerte en todas las especies animales.

Mel acarició la cabeza del canguro, de cuya garganta se escapó

un ronco gruñido.

—Terry es amigo, «Quitty» —dijo.

El marsupial olisqueó a Terry unos momentos. Luego se alejó dando saltos, para pastar en la hierba de los alrededores.

—Un día se irá y no tardará mucho, créame —dijo Mel.

—¿Por qué ha de marcharse? ¿Es que no se encuentra a gusto aquí?

—«Quitty» es ya un adulto completo. Pronto necesitará una pareja. Es ley de vida, ¿no?

Terry fijó los ojos en la muchacha. Mel se ruborizó intensamente.

—Sí, es una ley de vida que se cumple en todas las especies animales —contestó intencionadamente.

Una voz se oyó en la puerta de la casa:

—¡La comida está lista!

Mel sonrió.

—Vamos, Terry —dijo, a la vez que se colgaba de su brazo con toda desenvoltura—. Mamá está ansiosa por demostrar ante mi invitado sus buenas dotes de cocinera.

—No dudo que la señora Oppaly tendrá el éxito que se merece —aseguró el joven, sonriendo.

CAPÍTULO XII

Tom Grunner meneó la cabeza negativamente al recibir la petición del individuo.

—Lo siento, señor Smyro; tengo orden de no suministrarle más combustible, mientras no salde su deuda —manifestó.

Darryl Smyro sonrió despectivamente.

—Eso te ha dicho tu amo, ¿verdad? Bien, dame la nota y te liquidaré ahora mismo. Y llena los tanques de mi avión inmediatamente, ¿entendido?

Ante el asombro de Grunner, Smyro sacó un fajo de billetes, del que separó unos cuantos. Tras contar el dinero necesario, añadió otro billete.

—Hoy me siento generoso —dijo—. Incluso me permito el lujo de darte diez dólares como propina. Ahora, mientras repostas mi avión, me iré a tomar un par de copas al bar de Kate Shadd.

Smyro lanzó una fuerte risotada y se alejó, dejando a Grunner perplejo y desconcertado, sin creer en lo que acababa de sucederle. Pero al cabo de unos minutos, Grunner, en lugar de repostar el avión de Smyro, echó a correr.

Terry estaba en el bar, sentado lánguidamente ante una mesa, cuando vio entrar a Charldane. El individuo no se fijó en él siquiera y Terry no hizo tampoco nada por llamar su atención.

—Smyro —llamó Charldane.

El aludido se volvió.

—Ah, hola, señor Charldane —dijo, con amplia sonrisa—. ¿Quiere tomar una copa conmigo?

—Ahora no deseo beber, gracias. Sólo quiero hablar con usted.

—Está bien, adelante. Empiece cuando guste, amigo.

—Éste no es lugar.

—Para mí, sí. Yo me encuentro aquí muy a gusto y no pienso moverme sólo porque a usted se le antoje.

Charldane emitió una gruesa interjección.

—Grunner me ha dicho que ha saldado usted la deuda que tenía conmigo. ¿De dónde diablos ha sacado el dinero?

Smyro soltó una atronadora risotada.

—Bueno, me cansé de que me explotase y fui a otro sitio donde me pagaron mejor. A decir verdad, me pagaron el precio justo —contestó—. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—Smyro, usted y yo hicimos un pacto...

—Me cansé de trabajar para usted, eso es todo. Si no le gusta, demándeme judicialmente. No podrá hacerlo, ¿verdad?

Hubo un instante de silencio. Luego, de súbito, Charldane dio media vuelta y salió del bar.

Terry se puso en pie y se acercó al individuo.

—¿Smyro? —dijo.

El otro se volvió y le miró fijamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Powheen. Soy propietario de las tierras del oeste del Hogagong.

—Ah, ya oí decir que alguien las había comprado. Tenga cuidado, amigo; si se deja caer en las garras de ese buitre que es Charldane, lo pasará muy mal. Yo me harté de que me explotase y lo he dejado plantado.

—¿En qué sentido? ¿Puedo saberlo, Smyro?

—Simplemente, Charldane me facilitaba materiales, provisiones y combustible, a cambio del oro que yo le llevaba. Pero me lo pagaba a veinticinco dólares la onza, en lugar de a treinta y ocho. En Jibalong me lo han pagado al precio justo.

—Ah, hay oro en sus tierras.

—Claro, y en las de Randolph y en las de Hanlod... No mucho, a decir verdad; ninguno de nosotros nos hubiésemos hecho millonarios. Pero siempre sacaremos más que cuidando reses.

—¿Qué clase de oro, por favor? ¿De aluvión o de cuarzo?

—Ni de una clase ni de otra. En mis tierras hay un cauce seco. Según me dijo un geólogo, en Jibalong, hace miles de años, corrió el agua por allí y arrastró oro, mezclado con las arenas.

—Bueno, eso es oro de aluvión —sonrió Terry.

Smyro se encogió de hombros.

—Lo mismo da —contestó—. Pero yo no estoy dispuesto a que

Charldane continúe explotándome. Ya tengo comprador en Jibalong y no perderé los trece dólares que perdía cuando le vendía el oro a Charldane. Además, cuando necesite víveres y pertrechos, iré directamente a Jibalong. He comprado un nuevo avión y puedo transportar en él hasta setecientos kilos de carga. Incluso haré que me traigan varios barriles de combustible a mi propiedad; así no tendré que ver más la desagradable cara de Tom Grunner, ni pagar precios exorbitantes a ese ladrón de Charldane.

—Sabia política —elogió el joven—. Gracias por sus informes, señor Smyro.

—Le daré un consejo, amigo: busque en sus tierras algún cauce seco: encontrará oro, se lo garantizo.

—Así lo haré —prometió Terry.

Smyro pagó el gasto y salió del bar. Terry encendió un cigarrillo, mientras se decía que había, al fin, dilucidado un enigma que le tenía desvelado desde su llegada a Wallamauga.

Al cabo de unos minutos, dejó el bar. Había dado apenas una docena de pasos, cuando se encontró con Elsa Charldane.

—No se te ve muy activo —dijo ella irónicamente—. Te pasas el día en el bar... claro que allí hay los suficientes atractivos como para no dejarlo ni de día ni de noche.

—Elsa, ¿te molesta que yo haya conseguido olvidarte? —preguntó Terry.

La joven se sofocó.

—¡Qué cosas tienes! ¡A decir verdad, me resultas perfectamente indiferente!

—Entonces, no veo la razón de que te preocupes tanto por mí. Debieras preocuparte un poco más por tu marido, ¿no crees?

—Ya me preocupo...

—No, te equivocas. Tu esposo está a punto de perder la preponderancia que ha conseguido en Wallamauga. Sobre todo, cuando Smyro extienda la noticia de que tiene en Jibalong un comprador que le paga el oro a su justo precio.

Elsa frunció el ceño.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Lo he oído hace unos minutos en el bar. A tu marido, le vi la cara, le sentó como un tiro.

Ella guardó silencio un instante. Luego, de súbito, dio media

vuelta, subió a su *jeep* y arrancó como una centella.

Terry se echó a reír. A lo lejos, se oyó el ruido del avión de Smyro, que aceleraba en su carrera de despegue.

De pronto, se le ocurrió una idea. Volvió sobre sus pasos y entró en el hotel.

Kate estaba en la recepción, repasando unas facturas.

—¿Puedo pedirte un favor? —solicitó él.

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Tú tienes un transmisor de radio. Me gustaría hablar con Mel.

—De acuerdo. Pero, dime, ¿sucede algo?

—No, sólo quiero invitarla a dar un paseo en avión mañana por la mañana.

Kate señaló la puerta que había tras ella.

—Entra —indicó—. Mel tiene el distintivo QAW-7-E.

—Gracias, preciosa.

—Por cierto —dijo Kate—, ¿sería indiscreto preguntarte adónde piensas ir de paseo con Mel Oppaly?

—Quiero hacer una visita a Darryl Smyro, para ver el procedimiento que emplea para conseguir oro en sus tierras —contestó el joven.

El avión dio una amplia vuelta sobre la planicie y luego enfiló la improvisada pista de aterrizaje. Mel aguardaba al final y corrió hacia el aparato al ver que se detenía. Sin embargo, Terry no paró el motor. Levantó la cúpula, ayudó a la muchacha a trepar a la cabina y luego la acomodó en su asiento.

Momentos después, levantaban el vuelo de nuevo.

—He juzgado más conveniente venir a buscarla en el avión, a fin de evitarle un largo viaje en su *jeep* —manifestó, una vez hubo ganado la altura conveniente.

—Sí, ha sido una buena idea —admitió ella—. Yo tenía que haberme desplazado hasta Wallamauga, para luego seguir volando hacia el Sur, en dirección opuesta a mi hacienda. Smyro vive casi a doscientos kilómetros de Wallamauga, mucho más lejos que yo; por eso a él le resulta más rentable el avión.

—Sobre todo, si se tienen en cuenta sus hallazgos de oro.

Mel se sorprendió de aquellas palabras.

—¿Ha encontrado oro ese sujeto? —exclamó.

—Hasta el punto de haber encargado un nuevo avión, con mayor capacidad de carga.

Ayer se las cantó bien claras a Charldane. Incluso llegó a burlarse de él.

—Sorprendente —declaró la muchacha—. Cuente, por favor.

—Es bien sencillo: Charldane le pagaba trece dólares menos por onza que el comprador de Jibalong. Posiblemente, más de uno claudique ante Charldane, dado que carece del capital inicial para emprender los trabajos, para comprar provisiones, pertrechos, combustible... como, probablemente, les pasaba a Randolph y a Hanlod.

—Es extraño —murmuró ella—. De Randolph pensé yo siempre que estaba más interesado en la ganadería que en la extracción de oro.

—Quizá deseaba compaginar ambas cosas, pero eso lo sabremos mejor cuando hagamos una más detenida exploración de sus tierras. Smyro me dio ayer una buena idea para encontrar oro en las mías.

—¿Piensa hacerlo, Terry?

—Pienso que quizá el oro que se pueda encontrar no merezca demasiado la pena, es decir, no dedicarse a buscarlo de un modo absoluto. Personalmente, opino que encontrar agua resultaría muchísimo más interesante.

—Con su método, no se puede fallar. Todavía no he salido de mi asombro al ver la facilidad con que supo encontrar una vena de agua.

—Oh, es que estábamos en las inmediaciones de su pozo. Pero en otros lugares, los ensayos habrán de ser mucho más largos y no todos saldrán tan fructíferos inmediatamente.

—A la larga, el agua será siempre un elemento más rentable que el oro. Con agua abundante, estos parajes cambiarían de una manera radical.

—Celebro su sensatez —sonrió Terry—, aunque bien mirado, un poco de oro tampoco vendría mal, siquiera fuese para cubrir gastos.

Poco después, pasaban sobre Wallamauga, a unos trescientos metros de altura, ligeramente hacia el Oeste, en dirección Sur. Apenas cinco minutos más tarde, Mel, que contemplaba el paisaje a través de la amplia cúpula de la cabina, lanzó una exclamación de asombro.

—Terry, eso que estoy viendo allá abajo, ¿no es un avión accidentado?

CAPÍTULO XIII

Terry voló a baja altura y a la mínima velocidad, pasando por encima del aeroplano, que estaba en el suelo, con la cola levantada. En torno al mismo, no se veía el menor movimiento.

—Vamos a buscar un sitio para aterrizar —propuso.

Mel asintió. Un poco más adelante, encontraron una zona despejada, en la que el avión se posó sin dificultad.

Inmediatamente, saltaron al suelo y corrieron hacia el aparato accidentado, que estaba a unos quinientos metros de distancia. Los ojos experimentados del joven descubrieron bien pronto el rastro de un aterrizaje forzado.

Había arbustos tronchados y espinos destrozados por la hélice. Las señales de las ruedas eran asimismo visibles.

—¿Por qué se le ocurrió a este hombre aterrizar aquí? —dijo la muchacha—. ¿Es que no vio ese terreno despejado a medio kilómetro de distancia tan solo?

—¿Sabemos acaso si no lo hizo forzado por las circunstancias?

Ella le miró con sorpresa. Terry alcanzó la cabina y levantó la cúpula.

Smyro yacía de bruces contra el cuadro de mandos.

Su cara estaba llena de sangre seca. En la frente se apreciaba claramente el hundimiento del hueso.

Terry le tocó una mano, que aparecía rígida y crispada.

—Murió ayer mismo, a poco de despegar del aeródromo de Wallamauga —dijo.

Mel se sentía consternada.

—Pero ¿qué le pudo pasar a este pobre hombre? ¿Cómo es que ni siquiera llegó al trozo despejado? —exclamó.

Terry dio una vuelta completa en torno al avión.

—Una cosa es segura: Smyro se dio cuenta de la inminencia del accidente y cortó el contacto; por eso no se produjo el incendio.

Pero algo le sucedió para tener que tomar tierra tan precipitadamente.

Entró en la cabina y examinó las correas de sujeción. Mel le contemplaba con expectante atención.

Terry siguió su búsqueda. No tardó en dar con una cantimplora de agua, que vació por completo, sacudiéndola fuertemente, a fin de despejar su interior de las últimas gotas del líquido.

Luego buscó el tapón del tanque de combustible. Lo destapó y acercó la nariz al orificio de carga.

—Hay gasolina suficiente para volar trescientos kilómetros —dijo.

Buscó a continuación el departamento de equipajes, en el que halló una caja de herramientas. Dentro de la misma había un tubo de goma, con el que trasvasó un poco de gasolina a la cantimplora.

—¿Para qué hace eso? —preguntó la muchacha, muy intrigada.

—Quiero que la analicen, aunque desde aquí puedo asegurarle que esta gasolina fue estropeada deliberadamente. El que lo hizo, sabía lo que iba a ocurrir, por eso cortó parcialmente las correas de seguridad.

Mel se llevó una mano a la boca. Terry prosiguió:

—Las correas hubieran podido salvar a Smyro del accidente, que ya se había planeado con absoluta deliberación. El motor falló de repente, de un modo tan brusco, que no tuvo tiempo de llegar a la zona despejada. Aun así, hubiera salido con vida, pero cuando las correas fallaron, Smyro se estrelló contra el cuadro de mandos y se mató.

—Pero ¿qué es lo que estropeó la gasolina? —preguntó ella.

—Unos cuantos terrones de azúcar —respondió Terry contundentemente.

La mujer salió con los ojos llorosos. Sylvannus Charldane la acompañó hasta la puerta con toda cortesía.

—Repito mis condolencias, señora Smyro —dijo—. Créame, apreciaba infinito a su esposo y... Greg Sanders se encargará de llevarla a usted en mi avión particular hasta Jibalong.

—Gracias, señor Charldane —dijo Bess Smyro.

—Míralo, el cuervo, relamiéndose ante la presa que pronto va a devorar —exclamó Kate Shadd, desde la puerta del hotel.

Terry estaba sentado indolentemente en la veranda. La escena

anterior había tenido lugar en la puerta de la oficina de Charldane, contigua a la de su almacén, en el mismo edificio.

—La presa a que te refieres son las tierras de Smyro.

—¿Podría hablar de otra cosa, después de lo ocurrido?

—No, tienes toda la razón. Pero yo opino que en lo sucedido hay tanto deseo de venganza como ansia de beneficio.

—Hombre —dijo Kate sarcásticamente—, la venganza, si produce un saneado beneficio, resulta doblemente sabrosa. Me gustaría saber cuánto ha pagado a la viuda de ese infeliz por sus tierras.

—No habrá sido mucho, de todas formas. Pero ¿qué iba a hacer ella sola aquí, sin su marido?

—Charldane sabe bien con quién juega sus partidas. A mí también quiso hacerme algo parecido, cuando murió Orwald, pero le paré los pies el primer día.

—Y ya no volvió a meterse contigo.

—Sí, lo intentó en una segunda ocasión. Entonces le enseñé un revólver. Ya no ha vuelto a molestarme.

—Quizá a Bess Smyro le hubiera convenido hacer lo mismo.

—No es mujer de pelea. Su esposo vivió mientras le convino a Charldane. Y, a propósito, ¿aún no has identificado al avión que os atacó, después de haber ametrallado a Mallomy?

—No, no he conseguido encontrarlo. Recuerdo bien parte de la matrícula, pero no coincide con ninguna de los que hay estacionados en el aeródromo.

Kate frunció el ceño, mientras fijaba sus ojos en la media docena de aeroplanos que había a unos quinientos metros de distancia.

—¿Recuerdas el tipo, al menos? —preguntó.

—Un *Bonanza*, algo antiguo. Pero tampoco estoy muy seguro, preciosa.

—Allí veo un *Bonanza*, Terry.

—Lo sé, pero no es el que buscamos.

La conversación languideció. Al cabo de un rato, Terry anunció que se iba a tomar una cerveza al bar.

Atardecía. El cielo tomaba un color violáceo, cada vez más pronunciado.

De repente, Kate, obedeciendo a un súbito impulso, echó a andar en dirección al aeródromo, oblicuando para no pasar por las

inmediaciones del barracón de Grunner.

Buscó el avión sospechoso y examinó el fuselaje con toda atención.

De repente, creyó hallar algo que confirmaba sus sospechas. Metió una uña y levantó lo que parecía una tela adhesiva, pintada de color negro.

—Me lo figuraba —dijo.

Giró sobre sus talones y regresó con paso vivo al hotel. Cuando llegó, se dirigió directamente al bar y preguntó por Terry.

—No está, señora —le informó el camarero—. Ha salido hace unos minutos, aunque no dijo adónde iba.

—Está bien —contestó Kate—. Avísele en cuanto le vea; quiero hablar con él urgentemente.

—Sí, señora.

Tras una ligera vacilación, Kate dio media vuelta y subió a su habitación, sumamente molesta por no saber dónde estaba el joven.

—No hay otro sitio en donde divertirse... —rezongó—. Y no es hora tampoco de ir a ver a Mel, con que...

En aquellos momentos, Terry estaba agazapado en las proximidades del *Bonanza*, con la vista fija en el barracón de control. Había luces en las ventanas y el joven decidió que le convenía esperar, a fin de tener la mayor seguridad posible.

El tiempo transcurrió lentamente. Una hora después, Terry vio que se apagaban las luces en el barracón.

Entonces se acercó al avión y trepó a la cabina. Provisto de una diminuta linterna eléctrica, buscó por todas partes, sin encontrar lo que deseaba. Se mordió los labios, sintiéndose frustrado.

En el departamento de equipajes tampoco estaba la ametralladora. ¿Acaso la guardaban en otro sitio, después de emplearla?

«Suponiendo que éste sea el avión que nos atacó después de acribillar a Mallomy», se dijo.

Saltó al suelo. Había perdido el tiempo, pensó, pero no hubiera podido continuar tranquilo, de no haber registrado el avión.

Volvió al hotel. El camarero del bar le dio el mensaje de Kate:

—Ella quiere verle inmediatamente, señor Powheen.

—Está bien, muchas gracias.

Terry subió a la habitación de Kate y llamó a la puerta. Nadie le contestó, por lo que insistió en sus llamadas.

—Se habrá quedado dormida —murmuró.

Y ya iba a marcharse, cuando, de pronto, se le ocurrió tantear el picaporte.

La puerta se abrió. Asomó la cabeza. El dormitorio estaba a oscuras.

—Kate —llamó.

Continuaba el silencio. Intrigado, Terry encendió la luz.

Kate yacía sobre la cama, con una mano sobre el pecho. Terry meneó la cabeza.

—Espero que no se haya emborrachado —dijo.

Se acercó a la cama y entonces fue cuando vio la mancha de sangre entre los senos de la mujer.

Mel detuvo el *jeep* frente al hotel y saltó al suelo. Terry estaba en la veranda, fumando un cigarrillo con expresión sombría.

—Me he enterado de lo ocurrido hace unos momentos —declaró la muchacha—. ¿Cómo ha podido ocurrir, Terry?

—Es muy sencillo, Mel. Alguien le clavó un puñal en el corazón. Ella se sentía horrorizada.

—Pero ¿por qué? —gimió—. Wallamauga había sido una población tranquila hasta muy poco...

—Una persona juzgó que ya era hora de acabar con la tranquilidad de Wallamauga. Y con las vidas de algunos que le estorbaban, Kate entre ellos.

—¿Es que sabía algo comprometedor, Terry?

—Si lo conocía, ya no nos lo dirá. Sólo puedo decirle que dejó recado de que la viese inmediatamente, pero cuando subí a su habitación, ya estaba muerta.

—Y ahora —dijo ella con rabia—, vendrá ese zoquete de Murqueet y será capaz de decir que fue un accidente.

—Quizá no, quizá cambien las cosas después de esto, Mel.

—¿Qué es lo que quiere decir, Terry? —exclamó la muchacha.

—Ya lo sabrá en su debido momento. Ha venido al entierro de Kate, supongo.

—Sí, en efecto.

—Estamos aguardando a Murqueet. Se celebrará apenas haya

visto el cadáver.

El zumbido de un avión se oyó a lo lejos. Mel volvió la cabeza.

—Ahí está ese imbécil —exclamó.

Un hombre se acercó de pronto a la pareja.

—Señor Powheen —llamó.

Terry se volvió.

—Ah, Mike —dijo—. ¿Desea algo?

Mike Milton, el camarero del bar, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, señor... Quiero decirle... Bueno, no sé si tendrá importancia o no, pero estimo que todos los detalles pueden ser útiles en un caso como el presente. Yo apreciaba muchísimo a la pobre señora Shadd, ¿saben?, tenía su genio, claro está; a veces perdía los estribos y...

—Bien, bien, Mike, todos tenemos nuestro genio. Pero ella era una excelente mujer. ¿No era eso lo que quería decirme usted?

—Sí, y también otra cosa, claro. Bueno... yo recuerdo que ayer por la tarde, poco antes de anochecer, ella se fue al aeródromo. Yo la vi desde el mostrador, a través de una de las ventanas... Usted estaba tomando una cerveza, lo recordará sin duda.

—Desde luego, Mike.

—Por supuesto, yo nunca me he metido en los asuntos particulares de la señora Shadd y entonces, claro está, tampoco dije nada. Pero ella se fue caminando oblicuamente, es decir, que no pasó por las cercanías de la torre de control. A mí me dio la sensación de que no quería que Grunner la viese. Ese tipo no se pierde una; parece un perro de presa...

—¿Eso es todo, Mike?

—Bueno, al cabo de un rato, usted se fue. Luego vino ella y preguntó por usted. Parecía bastante alterada, ahora que lo recuerdo. Entonces fue cuando me dejó el recado para que usted subiera a verla. Eso es todo, señor Powheen.

Terry meditó unos instantes.

—Bien, Mike, creo que eso es todo. Muchas gracias —dijo al cabo.

—Celebraría que lo que le he dicho pudiera serle útil —se despidió Milton.

CAPÍTULO XIV

—¿Encuentra alguna utilidad en los informes del camarero, Terry? —preguntó Mel.

—Posiblemente. —Terry hizo un gesto con la cabeza—. Mel, he de reconocer, con toda amargura, la desgraciada circunstancia de que Kate y yo no nos encontrásemos anoche.

—¿Cómo dice, Terry?

—Yo también fui al aeródromo, cuando se hizo de noche, pero di un gran rodeo, para llegar al avión que Kate y yo habíamos estimado como sospechoso. Esperé un buen rato y luego lo registré, pero no conseguí encontrar la ametralladora que hubiera representado la prueba de culpabilidad contra el dueño de ese avión.

—Eso significa que Kate y usted se cruzaron sin verse, si no le he entendido mal, Terry.

—Lo correcto sería decir que seguimos distintos caminos para llegar al mismo sitio. Ella llegó y regresó antes que yo. Pero no cabe la menor duda: encontró las pruebas que buscábamos. Y todavía más: alguien la vio, puesto que aún no era de noche cerrada.

—¿Cómo puede afirmar que Kate encontró pruebas?

—¿Estaría muerta si no fuese así?

Mel movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que le he hecho una pregunta tonta —dijo.

—Pero lo peor de todo es que Kate ha muerto. No me importan tanto las pruebas que haya podido encontrar, como su vida. Eso es algo que no puedo perdonar, Mel, se lo aseguro.

—¿Quería usted a Kate?

—No, en el sentido que usted se imagina. Pero éramos buenos amigos, ella era una mujer de todas prendas, incluso con su ocasional mal genio y murió por ayudarme. ¿Le parece poco?

—Es suficiente —reconoció Mel con un suspiro.

Un hombre uniformado se acercaba a la puerta del hotel.

—Ahí viene el tipo que, teóricamente, debería garantizar nuestra tranquilidad —dijo la muchacha.

—Una horrible desgracia —calificó el sargento Murqueet—. Usted encontró el cadáver de la pobre señora Shadd, si mal no recuerdo, señor Powheen.

—Así es —admitió el joven—. Pero a la palabra desgracia, es preciso añadir la de asesinato.

—Para eso estoy yo aquí, para esclarecer todas las circunstancias del hecho —manifestó Murqueet, altaneramente.

—Como no lo haga un poco mejor que hasta ahora... —dijo Mel con sorna.

—¡Señorita Oppaly!

Ella le miró despreciativamente.

—¿Ha pedido permiso al señor Charldane para hablar con nosotros? —exclamó, insultante.

Terry alzó las manos.

—Calma, Mel —pidió—. Sargento, estoy dispuesto a facilitarle cuántos datos me pida, pero también le diré una cosa: mañana pienso ir a Jibalong. Me gustaría que tuviese la inteligencia suficiente para comprender lo que quiero decirle, sin necesidad de más palabras.

Murqueet se puso pálido.

—Oiga, Powheen, yo siempre he tratado de cumplir con mi deber...

—Si ha obrado rectamente, ¿por qué ha de temer mi viaje a Jibalong?

—Usted puede ir adonde guste; mi conciencia está muy tranquila —aseguró Murqueet, fanfarronamente.

—Lo celebro infinito, sargento. Y ahora, empiece a preguntar; estoy dispuesto a contestar a todas sus preguntas.

Media hora más tarde, Murqueet se marchó. Desde la veranda, Terry y Mel le vieron dirigirse a las oficinas de Charldane.

—Ahora le informará de todo lo que hemos hablado —adivinó ella.

—No podía ser menos. Y, en realidad, es lo que yo esperaba.

—¿Cómo?

—Tenga un poco de paciencia, Mel; el drama toca a su fin.

—Pero ¿es cierto que piensa ir a Jibalong?

—Absolutamente cierto —confirmó él.

—Entonces, yo le acompañaré. También conozco a gente de peso en la ciudad. Hablaremos para que envíen a alguien más decente que Murqueet.

Terry sonrió.

—Muy bien —dijo—. Entonces, procure estar aquí a las ocho de la mañana.

—Seré puntual —prometió la muchacha.

Mel regresó a su casa después del entierro. Terry se quedó en la veranda del hotel.

Contempló el crepúsculo con melancolía. Kate yacía ahora bajo seis palmos de tierra. ¿Por qué había muerto? ¿Qué había visto?, se preguntó acongojadamente.

Una cosa era indudable: Kate había encontrado algo, que a él le había pasado desapercibido.

¿Tendría que volver de nuevo al avión?

Una voz femenina cortó de repente sus amargas reflexiones.

—Terry.

El joven levantó la cabeza. Elsa estaba frente a él, al pie de la veranda.

—Estoy a tus órdenes —contestó educadamente, a la vez que se ponía en pie.

—Vengo a verte de un modo privado, por iniciativa propia —manifestó ella—. Ni siquiera mi marido conoce mi idea.

—Muy bien, habla, te escucho.

Terry bajó de la veranda y se situó frente a la joven. Sus ojos sagaces captaron bien pronto el nerviosismo que parecía dominarla.

—Quiero pedirte una cosa, Terry —dijo Elsa, tras unos segundos de indecisión—. Déjanos en paz, te lo ruego. No sigas, te lo pido por tu propio bien.

Terry alzó las cejas, simulando incomprensión.

—¿En qué no he de seguir? —preguntó—. ¿Es que he hecho algo malo?

—No trates de fingir, sería peor. Tú sabes bien a lo que me refiero. Márchate de Wallamauga y olvídalos todo. Te daré dinero, compensaré los gastos que hayas tenido y añadiré una suma importante para que empieces de nuevo, pero en otra parte. Si

aceptas... ven por la noche a mi casa. Mi marido estará jugando una partida en el almacén con sus empleados, y estará hasta la madrugada, como todos los viernes.

Elsa inspiró con fuerza, a fin de que el hombre se fijase en las rotundas curvas de sus senos.

—Y también tendrás algo más que dinero —añadió.

—Una proposición sumamente atractiva —calificó él, mientras se rascaba la mejilla con el pulgar.

—Lo es —admitió Elsa sin ambages—. Bien, ¿qué me contestas?

Terry movió lentamente la cabeza.

—Lo siento —dijo.

—¡Estúpido!

—Quizá —sonrió él.

—Te aplastaremos, Terry. Es tu última oportunidad.

—Elsa, ahora veo que hice bien marchándome de Wallamauga hace seis años. Tú y yo no hubiéramos congeniado en absoluto. Eres demasiado ambiciosa, pero lo que me extraña es que te hayas casado con Charldane, que casi te dobla en edad. Ciertamente, se conserva muy bien, pero casi cincuenta años se notan con respecto a veinticinco o veintiséis.

—Sylvannus buscaba una hembra. Yo buscaba otra cosa. ¿Hace falta que te lo explique mejor?

—No, es suficiente. Si ahora continuásemos hablando, tú me dirías que quieres seguir aquí todavía unos cuantos años, muy pocos, a fin de reunir el capital suficiente que te permita abandonar este rincón dejado de la mano de Dios, para ir a disfrutar de la vida en mejores ambientes. Con tres o cuatro años más, tendrías bastante. ¿No es así, Elsa?

—Exactamente —corroboró ella con los labios muy prietos—. Por eso te pido que nos dejes. Ya sabes lo que ganarás si accedes.

—Repito que lo lamento. No puedo, Elsa.

—Testarudo...

—Pienso en Kate Shadd, por ejemplo; pienso también en Randolph, y en Quirbus, en Hanlod y en Smyro... incluso en Komara y Boczynski. Por eso no puedo aceptar.

—Está bien, Terry. Ya no insistiré más. Pero no estoy dispuesta a ceder, después de tantos años de esfuerzos. Ya que no te apartas de grado, yo te apartaré por otros medios.

Elsa no dijo más. Giró sobre sus talones, subió al *jeep* y se marchó, dejando tras sí una fuerte polvareda.

—No es él, sino ella —dijo Terry, a la mañana siguiente, cuando ya volaban hacia la capital del distrito.

—¿Cómo? —preguntó Mel.

—Me refiero a Elsa. Ciertamente, Charldane no es un santo, ni siquiera un tipo blando que se deje hacer, pero, en el fondo, Elsa es quien lleva las riendas del negocio.

—Usted parece conocerla muy bien, Terry.

—Tengo motivos para ello. Hace seis años, llegué a creer que iba a casarme con ella.

—¿Por qué no lo hizo?

—Supe ver claro a tiempo. Además, la conversación que tuvimos ayer por la tarde, me confirmó en lo que ya sospechaba casi desde que vine.

—¿Habló con Elsa?

—Sí. Me pidió que me apartase. Ofrecía dinero en abundancia —prudente, Terry no quiso mencionar el resto del ofrecimiento que le había hecho su antigua novia—. No quise aceptar, sencillamente.

—Entonces, usted opina que Elsa ha sido el principal motor de las acciones de Charldane.

—Bueno —sonrió él—, a la vista de lo ocurrido, yo diría más bien que ella es la que ha tirado de los hilos de la trama, desde el primer día. Naturalmente, contando también con que es la esposa de un hombre que carece de escrúpulos. Pero si llegase a triunfar, puede estar segura de que Charldane acabaría arrinconado, fuera de su juego.

Mel se estremeció.

—Terry, Kate murió apuñalada. ¿Lo hizo Elsa? —murmuró.

—No importa quien lo hiciera, a decir verdad. Pero Kate fue vista cuando buscaba algo en el *Bonanza*, que yo no había sabido encontrar en un principio. Casi con toda seguridad, Grunner la vio y fue a decírselo, bien a ella, bien a su esposo. El aviso de Grunner selló la suerte de la pobre Kate.

—Bien, pero ¿qué es lo que vio Kate?

Terry no contestó de momento. Tenía la vista fija en los instrumentos, apreció la muchacha. Luego, de pronto, Terry miró

hacia fuera.

—Mel, dígame, ese cauce seco que vemos, ¿no es el Roarwa? —preguntó de repente.

Ella miró también a través de los vidrios.

—Sí, creo que sí —exclamó—. Oiga, ¿por qué sigue usted un rumbo similar a su dirección? Que yo sepa, el Roarwa corre de Este u Oeste y nosotros tenemos que dirigirnos hacia el Sur, para volar hacia Jibalong. Sin embargo, la brújula señala rumbo Sur.

—¡Eso es imposible! —exclamó la muchacha.

Terry señaló el instrumento mencionado.

—Ahí lo tiene usted —dijo.

—Oiga, ¿está, bien la brújula? Porque si sus indicaciones han sido falseadas, nosotros corremos el riesgo de extraviarnos...

—Tenemos la radio —contestó él—. Podríamos pedir socorro en caso necesario.

—Creo que tendremos que hacerlo. El Roarwa está a más de cien kilómetros de distancia de la ruta normal de los aviones, aunque bien mirado, con corregir el rumbo, estaría todo solucionado.

El motor empezó a toser de pronto. Mel se alarmó.

—¡Terry! ¿Qué sucede ahora? —exclamó.

Terry rió amargamente.

—Simplemente, nos falta gasolina, aunque el indicador señale que hay tres cuartos de depósito —respondió—. Otro instrumento que también ha sido falseado, Mel, después de lo cual, encontrar que la radio está averiada, no me sorprendería en absoluto.

CAPÍTULO XV

—¿Sabe usted lo que sucederá ahora? —preguntó Terry.

Bajo el ala del avión, a la sombra, Mel procuraba arreglarse el pelo de la mejor manera posible. Sin mirar al joven, contestó:

—No, no lo sé, aunque tengo la sensación de que usted lo había previsto todo.

—En cierto modo —sonrió el joven—. Después de la conversación con Elsa, ya no era posible estar desprevenido. Hubiera sido estúpido, ¿comprende?

—Y por eso acumuló víveres y agua sin que le vieran.

—Exactamente. Como se suele decir, a pillo, pillo y medio.

—Pero pudo haber reparado los instrumentos.

—No estaba seguro de que los hubieran alterado, sino que, simplemente, me previne contra semejante eventualidad. Además, repararlos no será cosa de pocas horas. Y yo no dispongo de herramientas, aunque lo peor de todo es la falta de combustible. Ahí sí debo admitir de plano que me pillaron desprevenido.

—¿Por qué no lo comprobó antes de salir?

—Ya le digo que no se me ocurrió. Vi el indicador a tope y me pareció que todo iba normal. Pensaba tal vez en otra avería...

—¿Azúcar en la gasolina?

—No exactamente. Ya no hubieran podido repetir la misma operación. Además, a los diez o doce kilómetros de vuelo, hubiéramos tenido que tomar tierra, lo que implicaba que podíamos volver a pie a Wallamuga. Era preciso provocar cualquier avería, en fin, que nos alejase como mínimo a ciento cincuenta kilómetros y fuera de las rutas ordinarias, a fin de que nos perdiéramos. El desierto hubiera acabado con nosotros, ¿comprende?

Mel suspiró.

—En resumen, llevamos aquí tres días y todavía no ha ocurrido nada —dijo, un tanto decepcionada.

—Por lo menos, no nos moriremos de hambre y de sed —sonrió él.

—Pero así no podemos seguir indefinidamente...

Un distante zumbido se oyó de pronto en las alturas. Mel se puso en pie.

—Ya están ahí —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó Mel.

—Ellos, ¿quiénes otros podrían ser? A partir de ahora, Mel, haga usted puntualmente todo lo que yo le diga, ¿entendido?

Terry habló brevemente. Al terminar, ella, aunque sorprendida, asintió.

—Sí, lo haré... pero ¿cómo supuso usted que ellos podían venir?

—Querida, un criminal que planea un asesinato, debe cerciorarse siempre de que su víctima ha muerto —contestó el joven sentenciosamente.

El *Bonanza*, dio una vuelta a baja altura sobre el punto donde se hallaba posado el otro aparato. Inclínada a un lado, Elsa pudo ver dos cuerpos inmóviles tendidos en el suelo.

—Son ellos —dijo.

—Bien, ya podemos volvernos. Hemos acabado...

Elsa no dejó seguir a su esposo, que era quien había hablado.

—Es preciso que nos cerciorem de que están muertos. Y si no lo están, acabar de una vez con ellos —dijo—. Luego, tú y los otros dos haréis algo para que parezca de veras que murieron en un accidente.

Spottle y Sanders asintieron. Charldane meneó la cabeza.

—A veces, tengo la sensación de haberme casado con un potro salvaje —murmuró, mientras se disponía a la maniobra de aterrizaje.

—Soy una mujer —sonrió ella.

—Peor, entonces, que una yegua salvaje —masculló Charldane.

Las ruedas del aparato tocaron el suelo. Después de unos pocos cientos de metros de carrera, Charldane consiguió detenerlo a corta distancia del otro avión.

Inmediatamente, saltaron al suelo y corrieron hacia los dos cuerpos inmóviles que yacían en el suelo. De súbito, Terry se incorporó y apuntó a los recién llegados con una pistola.

—¡Quietos ahí! —dijo.

La sorpresa de los recién llegados fue enorme. El único que intentó reaccionar fue Spottle, quien también iba armado, pero Terry hizo fuego y le atravesó un hombro.

Spottle soltó su pistola y se sentó en el suelo, aullando de dolor. Terry acabó de ponerse en pie.

—Sabía que acabarían por venir —dijo—. La espera ha sido larga y fastidiosa, pero mereció la pena.

Elsa estaba lívida de furor.

—Bien, de acuerdo, nos has pescado, pero ¿qué puedes hacer con nosotros? —exclamó—. En primer lugar, careces de autoridad...

Con la mano izquierda, Terry sacó una carterita del bolsillo de su camisa y la arrojó a los pies de la mujer.

—Iba a dimitir, cuando pensé en establecerme en Wallamauga, pero me pidieron que investigase —explicó—. Todavía soy sargento de policía, aunque adscrito al departamento de Impuestos de Perth. Imagino que saben la suficiente geografía para no ignorar que Perth es la capital del Estado de Australia occidental —añadió, sonriendo.

—Y, sin duda por eso te concedieron los terrenos del oeste del Hogagong —dijo Elsa, furiosa.

—En primer lugar, el Gobierno negó la venta a tu marido, porque andaba retrasado en el pago de impuestos y se sospechaba, además, que había hecho fraude, cosa que yo debía haber investigado. Pero no me concedieron esos terrenos por mi cargo, ni tan sólo por ser persona decente. A pesar de lo que haya podido decir, todavía no son legalmente míos. Lo serán, espero, cuando haya terminado la investigación.

—Usted declaró que le pertenecían —exclamó Charldane, rabioso.

—Lo serán definitivamente, cuando haya dimitido de mi puesto. Usted, en cambio, sí conocía la denegación de su petición de compra, pero no se le ocurrió ponerse al corriente en el pago de sus impuestos. ¿Cómo iba a hacerlo, si estaba defraudando al Gobierno constantemente, y no tan sólo por sus tierras, sino por el oro que malpagaba a sus ignorantes colaboradores? ¿Cuánto oro, del que le entregaron Randolph y Hanlod, entre otros, ha declarado haber encontrado? ¿Y por qué callaba la existencia de ese oro, sino por evitar la afluencia de gente a Wallamauga y aprovecharse

únicamente de los hallazgos que otros hacían en su casi exclusivo beneficio?

Elsa levantó la barbilla.

—De todas formas, no podrás probar nada —dijo.

Terry se mantenía impertérrito.

—¿Crees que no probaré, por ejemplo, que vuestro avión lleva una matrícula falsa? Kate lo averiguó y por eso fue asesinada. Hay quién ha visto esa matrícula falsa en más de una ocasión, hecha con letras y números de tejido adhesivo, colocadas sobre las auténticas, para mayor aclaración. Mel, por favor, ¿quiere despegar las letras y los números de la matrícula falsa?

—Sí, Terry —accedió la muchacha.

—¡Espere! —gritó Elsa—. Oye, Terry, repito que todavía podemos arreglarnos...

—¿Vas a echarme azúcar en la gasolina, para que se obturen los conductos, como hiciste con Smyro? ¿O lo hizo otro por orden tuya?

—Deja eso de una vez. Repito que no hay pruebas.

—Había un trozo de metal imantado bajo la brújula de mi avión, lo que nos dio un rumbo incorrecto. La radio estaba también averiada y el indicador de combustible había sido falseado. Pero en las maletas que llevé esta mañana, en lugar de ropas, había otro transmisor de radio, además de víveres y provisiones, porque sabía que, tarde o temprano, acudiríais a cercioraros de nuestra muerte, como así ha sucedido. Y alguno de vuestros cómplices, Spottle o Sanders, y quizá también Grunner, hablará, con el fin de hacer menor su pena. ¿No es cierto, Sanders?

El sujeto aludido se lamió los labios. Luego miró de reojo a Charldane y a su esposa.

—Estoy seguro de que en vuestro avión encontraré la ametralladora que alguien sabía utilizar tan bien —prosiguió Terry, implacable—. En cuanto al sargento Murqueet, puedo asegurar que en estos momentos está siendo sometido a una severa investigación. Pasó por alto muchas cosas turbias y en su cuenta corriente se encontrarán fondos de difícil justificación. ¿Me equivoco, Elsa?

—No podrás probar nada de lo que has dicho; jamás demostrarás que fuimos nosotros quienes hicimos cuánto has relatado —exclamó ella, rabiosa y despechada, pero, al mismo

tiempo, con acento de triunfo—. Tu palabra contra la nuestra, Terry. Spottle y Sanders callarán, porque les conviene...

—¿Seguro? —Terry se echó a reír—. El transmisor portátil de radio que me traje, está abierto. Alguien, en estos momentos, está escuchando la conversación y grabándola. Hicimos unas pruebas previas, a fin de asegurarnos de que la recepción sería perfecta. Apenas hace diez minutos que hablé con mi jefe y me dijo que me escuchaba con toda claridad.

El rostro de Elsa se convulsionó de furia. Súbitamente, obrando de una manera por completo inesperada, asestó a Sanders un tremendo empujón, arrojándolo contra Terry.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Elsa, lanzando espumarajos de rabia, se inclinó y agarró el revólver que Spottle había perdido.

—¡Sylvannus, vámonos! —gritó.

Charldane reaccionó y corrió hacia su avión. Elsa disparó un par de tiros, con objeto de intimidar a los demás. Terry forcejeaba mientras tanto con Sanders, al que acabó echando a un lado de un fuerte derechazo.

Desde la cabina, Elsa disparó de nuevo. Mel se tiró al suelo, Terry escapó, agachado, sabiéndose blanco de las balas de joven.

Los motores del *Bonanza* rugieron. El avión arrancó en tromba.

—¿Adónde van esos locos? —gritó Mel—. No podrán salir de Australia...

Charldane corrió unos cien metros, con objeto de virar en redondo y despegar en sentido opuesto al de su aterrizaje. Terminado el viraje, empujó a fondo la palanca de gases.

Agachado, Terry corrió hacia el avión. De pronto, vio que Elsa sacaba una pistola ametralladora por una de las ventanillas de la cabina.

La máquina tableteó furiosamente, pero el mismo movimiento del avión, al trepidar en su carrera de despegue, hacía que el tiro resultase impreciso. Terry se tiró al suelo y sujetó su muñeca derecha con la mano izquierda.

Apuntó con todo cuidado. El avión, rodando a ciento veinte kilómetros por hora, pasó como un meteoro frente a él. En el mismo instante, disparó tres o cuatro tiros.

Se oyó un fuerte estallido. Reventada una de las ruedas del tren,

el aeroplano se ladeó súbitamente.

Terry pensó que era una repetición del accidente que había destruido su avión carguero. En realidad, había disparado a las ruedas para obligar a que el piloto se detuviese. Pero los resultados de sus disparos fueron muy superiores a los esperados.

El ala derecha se clavó en el suelo y la cola empezó a levantarse, lo mismo que el ala izquierda. La hélice del motor de estribor chirrió horriblemente al golpear contra la tierra, girando a toda velocidad.

El morro del aeroplano chocó también contra el suelo. En la cabina, los dos ocupantes resultaron terriblemente zarandeados. Sufrirían una buena paliza, pensó Terry, pero resultarían ilesos.

De súbito, brilló una llamarada en una de las alas. El tanque de combustible de aquel lado se inflamó con sordo estampido. Una rugiente columna de fuego subió de pronto a las alturas, envolviendo por completo al avión y a sus ocupantes.

Mel volvió la vista a un lado. Era horripilante ver quemarse vivas a dos personas y no poder hacer nada por salvar sus vidas.

Días más tarde, Mel salió a la veranda de su casa, al observar la pequeña procesión de vehículos que llegaban por la ruta de Wallamauga.

Eran tres en total, un *jeep* y dos «Rover» pesados. Terry conducía el primero de los vehículos. Mel pudo ver a Mark Thilland en el segundo.

La joven corrió al encuentro de los recién llegados. Terry tomó sus manos.

—Creo que ya es hora de que el sargento Powheen se reintegre a la vida civil —dijo.

—Entonces, insiste en trabajar los terrenos que compró.

—A eso he venido, aunque primeramente perforaremos el pozo que detectamos en su propiedad. Yo no tengo aún reses que necesiten agua, ¿comprende?

Mel sonrió hechiceramente.

—Terry, ¿cómo podría darle las gracias por todo lo que ha hecho en mi favor? —preguntó.

—Bueno, vamos a ser vecinos. Yo me instalaré en la zona limítrofe de sus tierras. Tiempo sobraré para que me demuestre su

gratitud. Pero lo primero de todo es encontrar agua, agua en abundancia, porque aquí tiene que haberla y en grandes cantidades.

—¿Cómo puede asegurarlo? —se asombró ella.

—Estamos en las cercanías del Hogagong. Un día, hace miles o quizá cientos de miles de años, el agua de ese lago se filtró a través de la tierra y penetró en el subsuelo. Aún ahora ocurre con las aguas de lluvia; al cabo de cierto tiempo, vuelve a secarse. Pero la tierra es el mejor filtro que se podría soñar y el agua que hay en el interior ha dejado arriba las sales y otros elementos nocivos. El Hogagong fue muy extenso; se calcula que hubo una época en que contenía de ochocientos a mil millones de metros cúbicos de agua. Y ese agua está ahí debajo, esperando a que nosotros la saquemos para nuestro beneficio, ¿lo entiende?

Mel hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos brillaban de un modo peculiar.

—Será maravilloso —dijo.

—No le quepa la menor duda, Mel.

—Y todo se lo deberemos a usted.

—Bueno, hice lo que pude. Creo que a Wallamauga le convenía la paz. Los planes de Charldane y de Elsa no eran buenos, al menos, en la forma en que pretendían desarrollarlos. A todo el mundo le es lícito explotar las riquezas de su suelo, pero sin perjudicar a los demás, ni mucho menos dañarlos como lo hacían ellos.

Mel hizo un gesto con la cabeza.

—Lo malo es que murieron algunos inocentes —musitó—. ¿Se sabe ya quién mató a la pobre Kate?

—Según Sanders y Spottle, fue el propio Charldane. Pero eso ya es más difícil de demostrar; los muertos no se pueden defender. De todas formas, esa pareja de rufianes no lo van a pasar muy bien cuando los juzguen.

—¿Era Elsa la que manejaba la ametralladora en otras ocasiones?

—No, Boczynski o Komara, también, claro está, los detenidos.

—Otros dos que no se pueden defender, Terry.

—Es lo máximo que se ha podido hacer —sonrió él.

—Que no es poco. Oiga, ¿buscará oro en sus tierras?

—El difunto Smyro me dio un consejo para hacerlo. Tal vez algún día busque oro, pero no como medio de vivir exclusivo. A fin

de cuentas, me han hecho un fuerte préstamo y tengo que devolverlo. Pero el porvenir de esta región se encuentra en el agua.

—Sí, lo mismo pienso yo.

Hubo una pausa de silencio. Terry y Mel se miraban a los ojos.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Bueno, Terry —dijo—, creo que ya es hora de que usted y sus amigos entren en casa a tomar una taza de té.

—Vendré muchas veces a pedirle esa taza de té —aseguró el joven.

Ella le dirigió una profunda mirada, en la que Terry leyó claramente sus pensamientos sobre el futuro de ambos.

—Venga cuando quiera —contestó la muchacha.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



